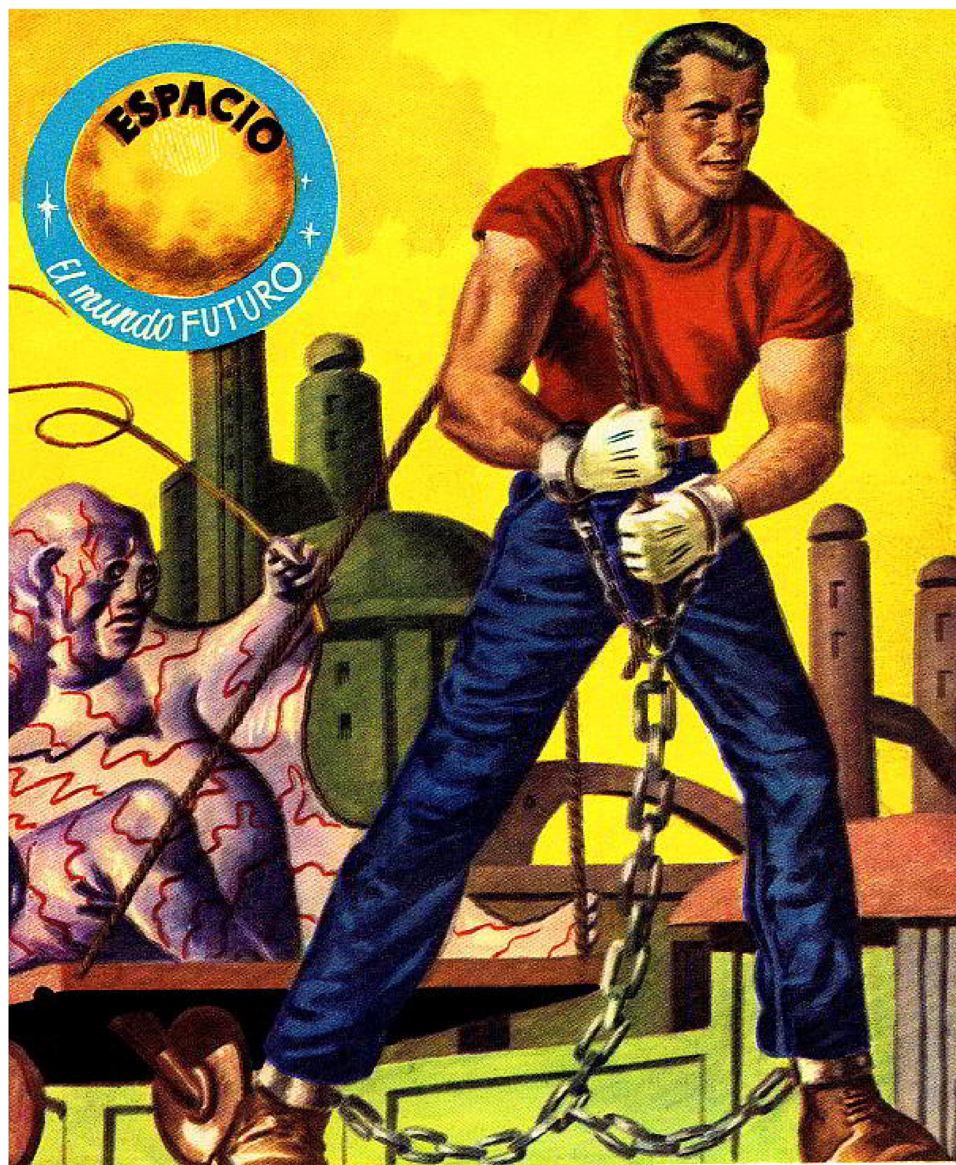


LA HORA DE LA LIBERTAD

LAW SPACE

No era extraño.

Durante todo el día, había transportado una «Hurmia», que bien debía pesar sus ciento y picó kilos, por todas las calles de la ciudad, en una de esas estúpidas salidas femeninas para visitar almacenes y hacer compras.

Pero ahora, cuando regresaba hacia la zona donde vivían los esclavos, Len dominaba el dolor, pendiente sólo de la alegría de regresar junto a los suyos. Otros vehículos como el suyo corrían a su lado, tirados por otros esclavos que, como él, deseaban regresar a sus cabañas para comer un poco y tenderse al amor de la lumbre.



Law Space

La hora de la libertad

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 208



ePub r1.0
LDS 26.12.18

Título original: *La hora de la libertad*
Law Space, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



A Charles L. Fontenay, cuyo Maravilloso relato, The Silk and the Song, inspiró las páginas que siguen. Con la esperanza de que, si llega a leerlas, encuentre en ellas la profundidad humana que yo hallé en las suyas.

LAW SPACE

LA HORA de la LIBERTAD



CAPÍTULO PRIMERO



en apretó el paso, sintiendo que los brazaletes que sujetaban sus muñecas a las varas del carro del que tiraba le hacían más daño que de costumbre.

No era extraño.

Durante todo el día, había transportado una «Hurmia», que bien debía pesar sus ciento y picó kilos, por todas las calles de la ciudad, en una de esas estúpidas salidas femeninas para visitar almacenes y hacer compras.

Pero ahora, cuando regresaba hacia la zona donde vivían los esclavos, Len dominaba el dolor, pendiente sólo de la alegría de regresar junto a los suyos. Otros vehículos como el suyo corrían a su lado, tirados por otros esclavos que, como él, deseaban regresar a sus cabañas para comer un poco y tenderse al amor de la lumbre.

Todos esperaban con ansiedad manifiesta el momento de terminar el trabajo, aunque algunas veces las caprichosas hembras de los «Hurmios» les hacían quedarse por la noche para llevarlas a

alguna reunión o a algún espectáculo nocturno.

Por suerte, la «Hurmia» que lo había martirizado durante todo el día, estaba casi tan cansada como él y le había ordenado volver al campamento de los esclavos.

Len era alto, fuerte, un magnífico ejemplar de la raza humana, con anchos hombros y tórax potente: Como los esclavos varones, no llevaba sobre el cuerpo más que un calzón corto, ceñido a la cintura por un cinturón en cuya hebilla iba el nombre de su amo.

La noche estaba tranquila y un cielo, de una pureza espléndida, cuajado de estrellas, formaba como un manto que protegiese la Tierra.

Los pasos de los esclavos, al correr sobre el suelo, producían un ruido rítmico, una especie de música archiconocida que les acompañaba siempre.

A unas cinco millas de la ciudad, que levantaba allá abajo sus altos edificios, profusamente iluminados, se hallaba el campamento de los esclavos: una agrupación de chozas miserables, casi al borde de una zona desértica donde se encontraban marismas y pantanos, cuyos deletéreos vapores, cuando soplaba el viento norte, envolvían al campamento, empapándolo de humedad cargada de un insoportable hedor.

Al llegar a las cercanías del campamento, los esclavos disminuyeron la marcha, deteniéndose poco después, junto a las casas donde vivían los renegados, que salieron, al oírlos llegar, armados con látigos que no tardaron en restallar sobre las espaldas de los más impacientes.

—¡No tanta prisa, perros! —gritó uno de los renegados.

Habían sido esclavos como ellos, pero supieron ganarse la confianza de los «Hurmios» y ahora ostentaban un cargo de responsabilidad, estando encargados de abrir las argollas de las cadenas, que uncían los hombres a los vehículos.

Len refrenó su impaciencia, no librándose por ello de un latigazo que uno de los caprichosos renegados le pegó, sin motivo alguno. Pero las espaldas de Len estaban ya acostumbradas a los golpes. Y prefería, mil veces más, los latigazos de sus enemigos de raza, a los pinchazos sádicos que los «Hurmios» solían dar para ordenar cualquier cosa a los que tiraban de los vehículos en los que debían ir por la fuerza.

Una vez le quitaron los brazaletes metálicos, Len corrió hacía el campamento, olvidando de golpe todos los sufrimientos. Una vez pasada la cerca de espinos que aislaba aquella zona del resto, avanzó hacia la última hilera de casuchas y penetró en una de ellas.

Mary estaba allí.

También estaban Max y Pat, demasiado viejos para tirar de los vehículos. Sus cuerpos estaban llenos de cicatrices y sus muñecas guardaban las marcas indelebles de los brazaletes que habían llevado durante tantos años.

Por suerte para ellos, los jóvenes se habían hecho los responsables de su alimentación, no teniendo que ser abandonados, como otros muchos, en el desierto donde los «Hurmios» iban, de vez en cuando, a cazarlos como a bestias.

—¡Hola! —saludó Len, sentándose al lado de la muchacha.

La vieja Myriam trajo, poco después, la cena que había preparado para todos y comieron en silencio, atentos sólo a devorar lo que la mujer había preparado.

Aquélla era la única comida fuerte que se hacía en el campamento. Los jóvenes, como Len, que trabajaban en la ciudad, recibían a mediodía una ración que sus amos les daban para que pudiesen tenerse en pie.

Mientras comía, Len miraba a Mary, extasiándose en la contemplación de su larga cabellera rubia, en el perfecto perfil y en los grandes ojos azules de la muchacha.

También ésta le miraba de vez en cuando, sonriéndole tiernamente.

Len pensó que todavía no había llegado el momento de desposarla. Y no era porque ella no lo desease tan ardientemente como él. Había otras cosas, en el fondo del espíritu de Len, que constituían verdaderas barreras al deseo de hacer de Mary su mujer.

Al terminar de comer, el viejo Pat sacó unas pipas y las cargó, con el tabaco que plantaban en los bordes del desierto, ya que no podían hacerlo en las zonas destinadas a producir los alimentos para el campamento y que un grupo de esclavos, sobre todo mujeres, trabajaban incansablemente.

—El Soñador habla hoy, —dijo Max, rompiendo el silencio que pesaba sobre ellos.

—¿Iremos, Len? —inquirió la muchacha, con un tono de

ansiedad en la voz.

—Sí —repuso él.

Pat se encogió de hombros.

—No debías ir, Len. Vienes cansado y mañana, al alba, ya volverás a estar enganchado. Si descansases, sería mejor para ti.

—Quiero ir —repuso el joven—. Cuando le escucho, paso los mejores momentos de mi vida. Junto a él hay esperanza y recuerdo: dos cosas que hacen que no olvidemos que no somos bestias.

—¿Y qué ganarás con eso?

—No lo sé, pero me gusta saber que soy un hombre, que mis antepasados fueron los dueños de este planeta y que tendrá que llegar un día, más tarde o más temprano, en que la libertad llegue.

—¡Sueños! —repuso Pat—. Conocí al padre de mi padre y éste me dijo que los abuelos de su padre decían que los de su padre no recordaban nada que fuese distinto a nuestra vida de hoy.

—¡El Soñador dice que eso es mentira!

—El Soñador dice muchas cosas; pero ¿por qué han de ser verdad?

—Porque él lo ha leído en los libros. Sabe leer y comprende todo lo que escribieron nuestros antepasados.

—Nadie ha podido leer esos libros. Y es muy posible que él se invente cuanto dice.

—No importa. En esta vida horrible que llevamos, unas palabras de esperanza alimentan más que la bazofia que comemos. ¿Crees acaso que yo puedo resistir mi trabajo, así como otros muchos, sin pensar que un día nuestros hijos o los hijos de éstos podrán escapar a la tiranía de los «Hurmios»?

—¡Eso es imposible y tú lo sabes muy bien!

—¿Por qué?

—Porque ellos son los amos y poseen el poder suficiente para aplastarnos si intentásemos algo.

—Es verdad, Len —musitó la muchacha.

El joven se puso en pie violentamente y con voz alterada dijo:

—Comprendo que no seáis capaces de ver una salida a esta situación. Yo también, he de confesarlo, me desespero a veces. Pero cada vez que el Soñador habla, que dice esas cosas… no sé, siento como si una llama se encendiese en lo hondo de mi pecho…

Y después de una pausa preguntó mirando a la muchacha:

—¿Vamos?

Ésta se puso al momento en pie, cogiéndose a su mano.

Y salieron juntos, atravesando el campamento y saliendo de él por su parte posterior, que limitaba con los campos de cultivo. Pasaron por las estrechas sendas que había entre las parcelas, hasta que sus pies descalzos sintieron la caricia rugosa de la arena del desierto.

Todavía tuvieron que andar cerca de media hora hasta llegar a la cueva donde vivía el Soñador. En el camino, otros esclavos se les habían ido agregando y así, en densos grupos, llegaron hasta las cercanías de la gruta, donde se amontonaba ya un gentío imponente.

La luna, que acababa de salir, magnífica, llena, bañaba la escena en una luz lechosa que daba a las gentes un corte un tanto fantasmagórico.

Se sentaron, junto a los otros, en silencio, mirando hacia la negrura de la entrada de la cueva en la que momentos más tarde apareció un hombre alto, joven, de nariz aguileña y que se cubría con una túnica de inmaculada blancura.

Hubo un murmullo que saludó a la aparición, pero el silencio volvió a instalarse, más profundo y atento que nunca.

El hombre de blanco miró a la muchedumbre que le rodeaba y, después de levantar la diestra, a modo de saludo, empezó a decir:

—Hermanos. ¡Cuánto me gustaría daros las seguridades que calmarían vuestros sufrimientos! Una fecha, un dato concreto, algo a lo que pudierais afianzaros, con la fuerza que da a los esclavos la esperanza de la amada libertad…

Su voz era potente, vibrante, fuerte. Y penetraba en el corazón de los allí reunidos, con la violencia de la misma verdad.

—Hace muchos años —siguió diciendo el hombre—, éramos los dueños absolutos de este planeta. Las ciudades que ahora veis fueron construidas por hombres como nosotros, que vivían en ellas, gozando de todo lo que su inteligencia les proporcionaba.

»No quiere decir esto que aquellos hombres, hermanos nuestros, fueran buenos. Había de todos entre ellos y eso no ha de extrañamos, ya que los renegados, que ahora os azotan, salieron de madres como las nuestras y llevan nuestra misma sangre en sus podridas venas.

»Aquellos hombres del Pasado luchaban ferozmente entre sí. Y, cuando su ambición y su maldad llegaron al más alto grado, desencadenaron una guerra horrible, utilizando armas imposibles, que mataron a millones y millones de inocentes.

»Aprovechando el lastimoso estado en que había quedado la Tierra entera, los “Hurmios”, procedentes de otro mundo, ocuparon el planeta y nos sometieron a la más horrible de las esclavitudes.

Hizo una pausa; luego:

—Los «Hurmios» encontraron un terreno abonado y se sintieron dueños absolutos. Es evidente, hermanos, que los «Hurmios» eran seres inteligentes, capaces, puesto que construyeron aparatos que volaban por el espacio y así pudieron apoderarse de la Tierra.

»Nada nos importa saber de dónde vinieron. El hecho es que se establecieron aquí y han sometido a los hombres, dominándolos por completo, matando en ellos todo lo que más apreciaban y reduciéndolos a lo que ahora son: bestias de carga y obreros que lo hacen todo…

»Y ahí está lo importante, hermanos. Los “Hurmios”, capaces e inteligentes en un principio, se dejaron llevar por la comodidad y el ocio que la posesión de los esclavos les proporcionaba. Poco a poco, dejaron de preocuparse de las tareas que ennoblecen a los seres, se alejaron del trabajo y terminaron por olvidarse de pensar.

»Hoy, todos lo sabemos, los “Hurmios” ya no son lo que eran. Algunos de los más viejos recuerdan vagamente haber oído hablar de unos “Hurmios” ágiles, esbeltos, muy parecidos a nosotros. Ahora, el ocio los ha convertido en esos obesos monstruos que necesitan ser llevados de un lado para otro, ya que sin eso serían incapaces de moverse.

»Su raza ha degenerado y hoy, sin nuestra ayuda, sin nuestro trabajo, estarían irremisiblemente perdidos.

—¡Abandonémoslos! —gritó uno de los presentes.

—¡Eso es! ¡Dejemos que mueran en sus lechos, sin llevarles ni un trozo de pan!

El Soñador levantó los brazos, reclamando un silencio que logró casi inmediatamente.

—Hermanos… La revuelta ha estado muchas veces en mi corazón. No vayáis a creer que no he pensado en ello, meditándolo detalladamente, viendo en esta salida violenta nuestra salvación

más próxima… Pero os digo que eso no es posible.

El silencio se hizo muy denso, casi material.

—Si todos estuviésemos unidos y todos los hombres, esclavos o no, pensaran de la misma manera, todo se arreglaría con una rapidez maravillosa. Pero ya os dije antes que nosotros, los hombres, tenemos grandes defectos y uno de los más importantes es el egoísmo…

»¿Cómo convenceríais, por ejemplo, a los renegados, de que nos ayudasen? Sabéis que eso es imposible, como imposible es hacer que secunden nuestro plan los artesanos, nuestros hermanos que viven en la ciudad, destinados a mil labores distintas. Ellos prefieren su sufrimiento antes de verse atados a un carro, convertidos en animales de tiro.

»Ya comprendo que vosotros sois los que os lanzaríais, sin ninguna duda, a la lucha. Pero sois muy pocos y seríais destrozados en un abrir y cerrar de ojos.

»No, no puede optarse por esa solución. Sería catastrófico y no nos conduciría a nada…

Un nuevo silencio.

Después continuó:

—Pero hoy voy a deciros algo que jamás había revelado a nadie. Veréis: antes, cuando los hombres eran dueños del mundo, de este mundo, se enteraban de las cosas que pasaban en el mundo gracias a unos libros pequeños, especialmente concebidos, que se llamaban periódicos…

»Yo tuve la suerte de recoger, junto a muchos libros, algunos de esos periódicos. Y en uno de ellos encontré algo que puede interesaros mucho. Un grupo de hombres y mujeres salieron al espacio unas semanas antes de la Gran Catástrofe.

»Eso quiere decir que hay hombres libres en algún sitio del espacio. Y yo os pregunto ahora: si fuerais vosotros los que estuvieran lejos de la Tierra, es posible que sabiendo que han quedado aquí humanos, sometidos a la peor de las tiranías… ¿no haríais algo por vuestros hermanos?

—¡Sí! —respondieron muchos.

Pero otro, cuando la afirmación cesó, objetó:

—¿No crees, Soñador, que ha pasado ya mucho tiempo?

—Sí, tienes razón, amigo. Ha pasado mucho, muchísimo tiempo.

Pero también es posible que ellos hayan tenido sus problemas y no les haya sido posible hacer un viaje de regreso hacia la Tierra, aunque no fuese más que por pura curiosidad.

—¿Crees que volverán, Soñador?

Éste asintió:

—Estoy seguro de ello, amigos… Llegará un día en que regresarán, fuertes, invencibles. Y nuestros sufrimientos habrán acabado en ese día. Porque nuestros hermanos destruirán a los «Hurmios» y volveremos a vivir como antes, en esas ciudades que son las nuestras porque nuestros antepasados las levantaron para nosotros.

Len no pudo contenerse y poniéndose en pie dijo:

—Soñador. Yo tenía dudas respecto a si casarme o no. Pensaba en el triste destino que esperaba a mis hijos y no deseaba que conociesen el horror en que vivimos. Pero, si tú hablas de la llegada de nuestros hermanos del espacio, ¿crees que podría unirme a mi prometida?

—Sí —el Soñador sonreía—. Ya sé que un mundo sin esperanza no merece ser. Pero el nuestro la tiene, debe tenerla. Porque el hombre no es este animal que tira de los carros, ni la mujer esa bestia que trabaja en los campos. Hay mucho más en nosotros; hay una esencia que no puede morir… ¿Y qué ocurriría, amigos míos, si la matásemos nosotros mismos?

Hubo una pausa emocionante.

Luego aconsejó:

—¡Únete a tu amada, amigo! La bendición de todos nosotros estará contigo, con tus hijos y los hijos de tus hijos.

—Gracias, hermano.

—Y si un día, por los caminos del cielo, llegan nuestros libertadores, los tuyos, amigo, estarán orgullosos de la vida que les diste para contemplar y asistir a tan magno acontecimiento. Nada más por hoy.

El Soñador se retiró.

De regreso hacia el campamento, los dos jóvenes marchaban en silencio, pero la presión de sus manos apretadas era muchísimo más fuerte. Como si les bastase aquel mudo lenguaje para decirse las cosas que, indudablemente, se hubiesen dicho de haber conocido suficientes palabras para hacerlo.

CAPÍTULO II

levada en brazos de los cinco esclavos que eran necesarios para transportar su voluminoso cuerpo, Imska se hizo trasladar a la habitación donde su esposo «despachaba» una cantidad formidable de alimentos.

Como ella, Lumok debía llegar cerca de los ciento cincuenta kilos. Y la grasa le rebosaba por todas partes, formando anillos vivos sobre sus corpachones, que se movían al ritmo de la respiración.

Los esclavos dejaron a su ama sobre los tapices que cubrían el suelo y Lumok levantó la mirada de la pitanza, con un gesto de desagrado, ya que le molestaba ser interrumpido en aquel sagrado momento de la comida.

—¿Qué quieres? —inquirió secamente, sin dejar de masticar.

Los ojos de la «Hurmia» brillaron con encendida cólera.

—Te molesta que te importune ahora, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada —protestó él.

—¡Me importa poco que te molestes! ¡Llevo dos horas esperando la llegada de mi esclavo! ¡Quiero salir a comprar unas cosas que olvidé ayer y mis amigas deben de despreciarme por hacerlas esperar tanto tiempo!

—Comprendo. ¿Y por qué no ha venido tu esclavo?

—¡Yo qué sé!

—¿No has podido sustituirlo por uno de los tuyos?

—¡Qué bobadas dices! ¿Crees acaso que alguno de éstos podría tirar de uno de mis carruajes? ¡Caerían de bruces y me matarían!

Lumok asintió, con un gesto que duplicó el número de sus ya numerosas barbillas.

—¿Quién es tu esclavo?

—Sólo sé que se llama Len.

—Bien.

Y volviéndose hacia una de las muchachas que no dejaban de servirle, dijo:

—¡Llamad a Cumming!

—Bien, señor.

Momentos más tarde, un hombre, elegantemente vestido, penetraba en la estancia, inclinándose servilmente ante los dos monstruosos adiposos.

—¿Me llamabas, señor?

—Sí. Mi esposa está esperando a Len, su esclavo del carruaje. ¿Sabes algo?

—No, poderoso señor. Pero puedo prometer que Len vendrá añora mismo. Deja que vaya personalmente a por él.

—Perfecto. Pero apresúrate. Mi esposa está impaciente.

—Correré, señor.

Con los puños apretados, Cumming salió del salón, tomando uno de los ascensores que le dejó, segundos después, en la planta baja. Había allí algunos vehículos vacíos, con sus correspondientes esclavos, atados ya a las varas.

El renegado saltó sobre uno de ellos.

—¡Al campamento! ¡Y vuela!

Para animar al hombre, se apoderó de uno de los bastones puntiagudos, pinchándole cruelmente en la espalda.

El esclavo voló, materialmente, dejando, al renegado, en pocos minutos, junto a las casas que ocupaban sus amigos, a la entrada del

campamento.

—¡Imbéciles! —les gritó Cumming—. ¿Dónde está uno que se llama Len?

Uno de ellos sonrió.

—Se casó esta mañana, jefe. Le dimos un día de permiso…

—¡Idiotas! Os estáis volviendo tan flojos, que tendré que enviaros ahí dentro para que aprendáis un poco. Quizá, si tenéis que tirar de algún carruaje, os daréis cuenta de que vuestra posición de ahora lleva consigo muchas responsabilidades.

Los otros palidecieron. —Yo…— dijo el que había sonreído poco antes.

—¡Calla, cretino! ¡Y corre a buscar a ese Len!

El otro salió del campo, diez minutos más tarde, con Len, cuya expresión no era nada agradable.

—¿Eres Len? —le preguntó el jefe.

—Sí.

Se volvió a los otros:

—¡Atadle al carro, pronto!

—¿Eh? —protestó el joven, cerrando los puños—. ¡Me he casado esta mañana y tengo derecho, como todos, a un día de permiso, de libertad!

Los ojos de Cumming brillaban de cólera.

—¡Ya te daré yo tu día de permiso! ¡Atadlo, he dicho! ¡Rápido!

Mordiéndose los labios, Len dejó que dos de ellos se acercasen, golpeándoles entonces con una furia espantosa. Su fuerza era tal que los dos renegados cayeron, quedándose tendidos en el suelo.

Luego, sin dudarlo, se lanzó sobre el jefe.

El rostro de Cumming tomó el color del yeso y retrocedió. Pero no lo bastante para evitar que uno de los formidables puños de Len le golpease el rostro, lanzándole hacia atrás como si una catapulta lo hubiera lanzado.

Cayó al suelo y rugiendo gritó:

—¡Dominadle! ¡Echad mano a los látigos!

Una buena docena de renegados habían salido de las casas, armados de látigos que empezaron a silbar en el aire, formando una barrera infranqueable alrededor de Len, que se cubrió el rostro con las manos, para evitar que las puntas de plomo le saltasen los ojos.

—¡No le hagáis daño! Tengo que llevármelo.

Cumming se había puesto en pie.
—¡Atadlo a un carro! ¡Aprisa, imbéciles!
Tuvieron que ponerse seis para dominar a Len que, finalmente, tuvo que rendirse a la evidencia, siendo atado, con los brazaletes de acero, al vehículo al que saltó Cumming.
—¡Vamos! —rugió el renegado, hundiendo la pica en la espalda del esclavo.
Pero Len no sentía el dolor.
La furia le hacía volar y corrió como nunca lo había hecho.
Cuando se detuvo, ya en la ciudad, ante el edificio que habitaban sus amos, su musculoso cuerpo estaba cubierto de sudor.
Cumming bajó y acercándose a él, con una cruel sonrisa en los labios, dijo:
—Puedes esperar, perro… pero te prometo que me pagarás lo que has hecho hoy.
Sin poderse contener, Len le escupió al rostro.
—¡Procura matarme pronto, renegado! Porque si te distraes un poco, es posible que una de estas noches te despiertes con mis manos alrededor del cuello. ¡Y entonces no habrá piedad para ti!
El renegado le cruzó el rostro con el látigo, volviéndole la espalda y penetrando, hecho una furia, en el edificio.
La rabia hacía que Len jadease.
Pensaba en Mary, que había quedado allá, en el campamento, recién terminada la ceremonia del matrimonio, con las lágrimas en los ojos, cuando vio que uno de los renegados iba a buscarle.
Algún día llegaría el momento en que su paciencia terminaría y entonces, sin esperar el momento del que había hablado el Soñador, mataría a Cumming y a unos cuantos «Hurmios», antes de huir al desierto, donde sería cazado como un animal dañino.
No, no estaba satisfecho de haberse casado con Mary, aunque era la cosa que deseaba más desde hacía muchísimo tiempo. Porque ahora veía que la muchacha, al convertirse en su esposa, limitaba su acción y le obligaba a inclinar la cabeza, de forma que nada le ocurriese a ella… y a los pequeños.
Se estremeció al pensar en el día en que un niño fuese a aumentar la familia que acababa de formar.
¡Un hijo esclavo!
El sudor se heló en el cuerpo al imaginar al pequeño, ya

crecidito, entrenado salvajemente por los Renegados del campamento, enseñándole a tirar de los vehículos, pinchándole con los bastoncitos para endurecer su piel.

¿Por qué había hecho caso al Soñador?

Sólo, libre, como lo estaba hasta ayer, podía resistir su propia desgracia, soportar el castigo de los «Hurmios», recibir latigazos o pinchazos.

Pero ahora y en el futuro…

Ya no sería como antes y se vería obligado a obedecer, a someterse a todo, con tal de que los Renegados no se vengasen en su esposa, como solían hacerlo con frecuencia, cuando algún esclavo se mostraba rebelde.

Cesó de pensar al ver a los esclavos que sacaban, en aquel momento, el cuerpo desgraciado y horrible de la mujer de Lumok.

—¡Perro! —gritó ésta, nada más verle—. ¡Me las pagarás! ¡Ya puedes volar hoy! Porque como haga el ridículo ante mis amigas, te haré azotar hasta que mueras…

Cuando el cuerpo de Imska cayó sobre el asiento acolchado del vehículo, Len tuvo que poner sus músculos a prueba para mantenerse en equilibrio y que las varas no lo lanzasen al aire, dejándolo colgado allá arriba como un muñeco.

Imska le dio una orden, acompañada del correspondiente pinchazo y Len empezó a trotar por el asfalto de las calles de la ciudad.

Durante toda la mañana, fue de un lado para otro, junto a otros esclavos que tiraban de los carromatos de las amigas del monstruo que llevaba en el suyo. Ni una sola palabra cambió con los demás, a pesar de que éstos, cuando estaban solos, a la puerta de los almacenes donde entraban las «Hurmias», deseaban entablar conversación con él, ya que sabían que se había casado y se extrañaban de que no le hubieran concedido el permiso de un día, pues todos los de su estado lo gozaban.

Pero Len no despegaba los labios, hundido en sus propios pensamientos.

Finalmente, a la noche, la «dama» regresó a su domicilio y Len, cuando la «Hurmia» desapareció, esbozó una sonrisa, pensando que pronto podría regresar al campamento.

Pero, en aquel momento, Cumming salió, sonriente, del edificio.

—¡Podéis marcharos todos! —gritó—. ¡Tú no, Len!

—¿Por qué?

—Le he pedido permiso al amo y me lo ha concedido.

—¿Permiso?

—Sí. Voy a salir con mis amigos y tú me llevarás.

Len sintió que algo se helaba en su pecho.

—¡Déjame volver junto a mi esposa, Cumming!

El otro lanzó una carcajada.

—Pides clemencia, ¿eh? ¿Se te han calmado los humos?

Len se sintió desdichado, como nunca lo había sido.

¡Era verdad lo que aquel maldito renegado decía!

Lo que nunca hizo, lo que jamás había pasado por su imaginación: pedir perdón, solicitar clemencia… ¡lo había hecho ahora mismo, rebajándose hasta parecer despreciable a su propio enemigo!

—¡Vamos, cuando quieras! —rugió.

—Eso está mejor —rió el otro—. De todos modos, no iba a concederte permiso para volver al Campamento. ¡Deja a tu encantadora esposa que espere! ¡Peor para ella si se enamoró de un miserable esposo!

Y como Len no dijese nada, preguntó:

—¿Es linda, Len?

Los dientes del joven rechinaron.

Sin dejar de reírse, Cumming saltó al vehículo, haciendo restallar el látigo sobre los hombros de Len.

—¡Hacia el mar, perro!

Len trotó por las grandes avenidas, junto a los altísimos edificios, preguntándose cómo era posible que allí hubiera habido una vida distinta, con hombres y mujeres libres, paseándose por las aceras, cogidos del brazo, junto a niños cuyo porvenir, aunque la guerra lo truncase, no dejaba de ser mucho más humano que el que esperaría a su hijo.

¡Mi hijo!

Era algo desgarrador en el interior de sí mismo, algo que le producía una sensación de dolor indefinible.

Al llegar junto al mar, se detuvo al lado de una construcción que los «Hurmios» habían entregado a los renegados para sus reuniones y bacanales de costumbre.

Había muchos vehículos a la entrada del edificio, de cuyo interior salían gritos y risas estridentes y de mal gusto.

Abandonando el vehículo, después de encadenar las piernas del esclavo, para evitar que huyese, Cumming penetró en el local, siendo recibido, como jefe, con una ovación estruendosa.

Corrieron las bebidas y la fiesta empezó, en medio de una algarabía general. Pero, tres horas más tarde, cuando el alcohol había hecho su camino en el cerebro de los asistentes, el aburrimiento apareció en los rostros.

Y Cumming, pendiente de su fama, se levantó con cierta dificultad.

—¡Amigos! —gritó—. ¡Esto está muy aburrido, ¿no es verdad?!

—¡¡Sí!! —gritaron muchos.

—Bien. Os propongo algo excepcional. ¿Por qué no vamos al campamento en busca de lindas esclavas?

—¡Bravo!

—¡En marcha, pues!

Salieron en tromba, y subieron a los coches después de quitar las trabas encadenadas de los esclavos.

Cuando éstos supieron hacia dónde se dirigían, un estremecimiento de horror los sacudió Y Len, pálido como la muerte, pensó en los espantosos momentos de angustia que le esperaban, sin poder romper los aros metálicos que le sujetaban al vehículo del que tiraba.

«Si esté canalla, para vengarse del golpe que le di antes, coge a Mary —se dijo—, me tiraré, con ellos dos, por uno de los barrancos del camino… ¡Es preferible, mil veces, la muerte que este sufrimiento continuo…!».

Se detuvieron los carruajes junto a las edificaciones que, a la entrada del Campamento, habitaban los renegados de guardia. Éstos se despertaron y acudieron, solícitos y serviles, para ponerse a las órdenes de los renegados de la ciudad, mucho más importantes que ellos.

Cumming gritaba como un energúmeno:

—¡Traed las más lindas esclavas que encontréis! Y, para mí… —agregó, mirando a Len—, traedme la esposa de este esclavo. ¡Rápido!

Sin poder contenerse, Len se volvió, mirando fijamente al

renegado.

—¡No hagas eso, Cumming! —exclamó—. Si deseas vivir, ordena a tus amigos que regresen a la casa de la playa.

Cumming lanzó una carcajada.

—¡Humíllate, esclavo! ¡Ponte de rodillas y veré si debo complacerte!

Todos los demás miraban a Len.

Conociéndole, sabían que ni ante la amenaza de la misma muerte se hubiera arrodillado, no ya ante un renegado, sino ni ante un «Hurmio».

Len tenía el cuerpo empapado en un sudor helado.

Mordiéndose los labios, hasta hacerse sangre, se quedó mirando a Cumming; luego, con voz tenida de emoción, preguntó:

—¿Dejarás tranquilas a las esclavas si me arrodillo?

La sonrisa de triunfo del renegado era lo que más le hería.

—Veremos —dijo—. ¡Arrodíllate!

Len miró a los otros.

Era la segunda vez, en aquel horrible día, que debía rebajarse, humillarse. La sangre latía con fuerza en sus sienes y todos sus poderosos músculos estaban en tensión.

Finalmente, pensando no sólo en él, sino en todos aquéllos cuyas mujeres estaban en peligro, se dejó caer de rodillas, bajando la cabeza, mordido cruelmente por la vergüenza.

—¡Miradle! —gritó Cumming—. ¡Miradle bien! El más rebelde de todos sometido a mi voluntad. ¡Maldito esclavo, ya te dije que me las pagarías…!

Len se incorporó de nuevo.

—Cumple ahora lo que has prometido, Cumming —dijo con voz sorda.

El renegado lanzó una nueva carcajada.

—¿Cómo? ¿Te atreves a imponerme algo, a darme a mí una orden?

—No, sólo deseo que cumplas lo que has prometido.

—¡Yo no he prometido nada! Y para que veas que me río de ti, que te desprecio más que nunca —se dirigió a sus compañeros, que seguían en sus respectivos carruajes—…. ¡Vamos nosotros mismos a buscar a las esclavas, amigos! ¡Nos vamos a divertir de lo lindo!

Abandonaron los vehículos, penetraron en el Campo, donde ya

habían entrado los otros que habían mandado en busca de las muchachas.

Sintiendo el dolor de la humillación de su amigo, los demás acercaron sus vehículos al de Len.

Y uno de ellos dijo:

—Gracias, Len. No olvidaremos lo que has hecho por nosotros.

Una sonrisa triste afloró los labios del joven.

—¡No ha servido de nada! —exclamó—. ¡De nada! ¿Cómo he podido ser tan estúpido como para fiarme de un renegado?

Se oyeron gritos de muchachas dentro del Campamento.

Los ojos de Len brillaron como carbunclos.

—¿No oís? ¡Somos peores que bestias! Pero yo os aseguro que cuando Mary suba a este coche, ese canalla no se reirá más de mí.

Hubo un silencio.

Luego el que había hablado antes preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—¡Tirarme por el barranco que hay junto al camino! Mary morirá, pero ese perro no saldrá con vida… ¡te lo aseguro!

—¿Y tú?

—¿Crees que nuestra vida merece contar con ella para algo?

Los otros asintieron, con un rumor que demostraba que estaban perfectamente de acuerdo con Len.

Pero su interlocutor salió al paso:

—El Soñador dijo que no deberíamos obrar con violencia.

La cólera acudió al cuerpo de Len.

—¿El Soñador? ¡Qué sabe él de nuestros sufrimientos! ¿Está acaso aquí, con nosotros, uncido a uno de estos carros? ¿Recibe latigazos y puyas durante todo el día? ¿Tiene él a su esposa en el peligro en que van a estar las nuestras?

El clamor fue unánime.

—¡Len tiene razón!

—¡Haremos lo que ha dicho!

—¡Preferimos la muerte a esta vida miserable!

Momentos después, los renegados salían arrastrando a las muchachas que habían capturado en el campamento.

Siguiendo las instrucciones del cruel Cumming, cada uno se había apoderado de la esposa o la hermana del hombre que conducía su carro.

Pero Cumming venía solo.

Dio órdenes, riendo a carcajadas. Y cómo se había alejado bastante del vehículo que conducía Len, la sombra que salió silenciosamente del campamento pudo acercarse, sin ser vista, junto al joven.

—¡Len! —llamó, en voz baja.

El joven se volvió, descubriendo al viejo Pat, que estaba agachado junto al carro.

—¿Qué ha pasado, Pat? —inquirió con voz angustiosa.

—El Soñador había venido a vernos —dijo el otro—. Al enterarse de lo que pasaba, se llevó a Mary. Dice que la tendrá en la cueva hasta que tú regreses y vayas por ella.

Una inmensa emoción sé apoderó de Len.

—Bien, Pat. Vete ahora. Si te ven, estarás perdido.

Justo, instantes más tarde, Cumming se acercó a él, propinándole un latigazo formidable.

—¡No he encontrado a tu palomita, Len! Pero no te preocupes: tarde o temprano sabré quién la ha ocultado y le haré sacar los ojos…

Saltó sobre el coche y con otro latigazo gritó:

—¡En marcha, perro!

De no haber sido por la tristeza que le procuraba la desgracia de sus compañeros, Len hubiera gritado de gozo.

El vehículo de Cumming iba en último lugar y los otros le precedían. Sabiendo lo que los esclavos habían prometido; por iniciativa suya, Len se encontraba molesto, aunque en el fondo comprendía que él hubiese hecho lo mismo si Mary se hallase atrás, junto al renegado.

Después de subir la pendiente que conducía a la parte accidentada del camino, los esclavos, al unísono, como si se hubieran puesto telepáticamente de acuerdo, empezaron a cantar la vieja canción de los esclavos, que sólo entonaban cuando se encontraban en una situación desesperada:

¡Adelante!
¿Qué importa lo que ocurra?
Ya no duelen los latigazos…
ni las puyas hacen mella en nosotros.

Porque el dolor se ha ido para siempre,
como ha huido, también la esperanza…

—¡Callad! —Rugieron los renegados.

Momentos después, los esclavos se lanzaban por el corte impresionante del camino, cayendo al abismo.

Gritos de horror surgieron por doquier.

Volviéndose, Len vio que el rostro de Cumming estaba pálido como el papel.

—¿Saltamos nosotros también, reptil asqueroso?

El vehículo corría a gran velocidad.

—¡No, Len! ¡No saltes! ¡Jamás te haré daño!

Una sonrisa apareció en los labios del joven.

—Tienes suerte —dijo, sin parar de correr, ya solo, sobre la carretera que conducía a la ciudad—. Porque, si Mary hubiese estado sentada a tu lado, ahora mismo estarías camino de los mismísimos infiernos.

CAPÍTULO III



as «Hurmias», las amigas de la voluminosa Imska, casi tan gordas como ella, habían ido a pasar el día al sur de la ciudad, en una hermosa casa que Lumok tenía en aquellos parajes.

Cientos de esclavos habían seguido, cargados como mulos, el trote de los que tiraban de los elegantes carruajes. Además, un grupo de renegados, también en coche, iba con la expedición, de manera a mantener el orden entre los esclavos y facilitar las cosas a las damas.

Hacía dos días que Len no había regresado al campamento y su impaciencia crecía por momentos.

Tuvo la esperanza, al principio, de que Cumming, que formaba parte del equipo de renegados, como jefe supremo, le librase aquel día. Pero el renegado no había olvidado los cien latigazos que los «Hurmios» le hicieron dar por la pérdida de los vehículos que los esclavos habían despeñado por el abismo del camino del

campamento.

De eso hacía ya mucho tiempo, Pero Cumming guardaba celosamente su idea de venganza.

Naturalmente, jamás había subido al vehículo del que tiraba Len, al que tampoco había hablado en todos aquellos meses, limitándose a clavar en el esclavo una mirada cargada de odio.

Len, junto a sus amigos de cautiverio, trotó por el amplio camino que conducía a la finca de Lumok. El cansancio empezaba a hacer mella en él; pero, más que la fatiga, era la impaciencia la que le atenazaba el pecho, como si un cepo metálico le cerrase con fuerza; dificultándole el ritmo normal de la circulación.

Cuando llegaron a la «villa», Cumming ordenó que los desencadenaran del carro, atándoles, no obstante, las piernas y dejándolos en la cuadra de la finca, donde hizo que los otros esclavos les llevasen comida y agua.

Era muy posible que las «Hurmias» deseasen hacer alguna excursión por la tarde y convenía que los «corceles» estuviesen descansados, ya que las «damas» amaban la velocidad que sus monstruosos cuerpos no podían conocer por ellos mismos.

Len se dejó caer sobre la paja del establo, junto a sus amigos.

Uno de ellos, uno muy joven, recién incorporado a aquel trabajo, se acercó a él. Era el nieto de Pat y vivía en la casucha que había junto a la de Mary y Len.

—¿Crees que nos dejarán descansar toda la tarde, Len? —inquirió.

—No lo sé.

—Me duelen mucho los brazos. No podría resistir una carrera como la que hemos hecho.

Len miró al otro con simpatía.

Se explicó:

—Eres muy joven y no has aprendido aún los trucos para equilibrar el carruaje. Te he visto correr y llevas el cuerpo inclinado hacia adelante.

—¿Cómo debo ir?

—Lo más recto posible. Si levantas las varas, verás que el peso disminuye.

—¡Es que tengo miedo de que las varas se levanten y me encuentre en el aire, colgado, derribando a la «Hurmia»!

—Es un peligro que hay que correr, al menos hasta que te acostumbres a mantener el equilibrio necesario. Pero, si sigues inclinándote al correr, acabarás muerto de fatiga.

—¡Esta vida nuestra es horrible!

—¿Ahora te das cuenta?

—Sí, ahora. Te juro que, cuando me enseñaron a llevar un carro, me sentí incluso orgulloso, como si aquella misión fuese lo más digno que un hombre pudiese lograr.

—¡Un nombre! —suspiró Len—. Cuando estuve en la gruta del Soñador, al ir a buscar a Mary, hace ya mucho tiempo, él me invitó a entrar y me mostró esas cosas que él llama libros. Allí había carruajes como los nuestros, pero eran animales, que no hemos conocido nunca, los que tiraban de ellos.

—¿No eran hombres?

—No. Luego, según pude ver, nuestros antepasados utilizaban vehículos que se movían solos.

—¡No es posible!

—Sí. Yo he visto algunos de esos vehículos en la ciudad. Están en algunas casas y el orín los ha oxidado y casi destruido. Eran iguales que los que el Soñador me mostró en sus libros.

Y como el otro no contestase, continuó:

—Puedes creerme, Joe. También tiene razón el Soñador cuando dice que los «Hurmios» han ido degenerando. Si fuesen tan inteligentes como cuando llegaron aquí, habrían utilizado todos esos inventos y no estaríamos nosotros tirando de los vehículos como bestias.

—Hace mucho tiempo que los «Hurmios» llegaron, ¿verdad, Len?

—Sí. El Soñador habla de quinientos años.

—¡Qué barbaridad!

—Es mucho tiempo, sí. Por eso temo que los que escaparon de aquí nos hayan olvidado por completo.

—También he oído hablar de ellos. ¿Es posible que hombres como nosotros hayan sido capaces de cosas tan grandes, Len?

—Yo tampoco lo creía hasta que él me enseñó sus libros. Y tuve que rendirme a la evidencia. Joe: allí había hombres como nosotros en aparatos que volaban, en otros que flotaban sobre las aguas y en otros que corrían por los caminos. ¡Hasta vi otros vehículos que

iban bajo el agua!

—¡Es maravilloso!

—Es estupendo. Si los «Hurmios» no hubieran perdido todo el interés por las cosas, nuestra vida sería mejor, aunque fuésemos esclavos. El Soñador habla de una fuerza colosal que tenían nuestros antepasados. Era una fuerza invisible, pero que lo movía todo. Así, en vez de hacer subir los ascensores de las casas con el cable del que tiran los esclavos, como ahora ocurre, los hombres de entonces ordenaban que la fuerza lo hiciese y todo se movía, obedeciéndoles en cualquier momento.

—¿Es eso posible?

—Lo es. Esa fuerza se llamaba «Electricidad», según me dijo el Soñador.

—¿Es imposible que cosas tan hermosas puedan ser verdad?

—No lo son ya, Joe, al menos para nosotros. Pero los hombres que escaparon de este mundo se llevaron parte de esa fuerza y deben poseer otros poderes aún mayores. Un día vendrán y castigarán a los «Hurmios» como merecen.

—¿Y los renegados? ¿Los olvidas acaso?

Len se mordió los labios.

—No, Joe, no los olvido. Pero seremos nosotros, o nuestros hijos, o los hijos de éstos, los que se encargarán de ellos. Odio a los «Hurmios», es verdad, pero mi odio es incalculable cuando pienso en los renegados.

—¡Son peores que los amos!

Len asintió:

—Lo son.

Hubo una pausa; después, Joe preguntó:

—No ha nacido aún tu hijo, ¿verdad, Len?

La mirada del esclavo brilló con una nueva intensidad y su expresión se dulcificó como por ensalmo.

—No. Pat dijo que debería nacer anoche o esta mañana. Por eso quería yo ir al campamento.

—Lo comprendo.

—Pero nuestros problemas no cuentan para nadie, Joe: ya te irás acostumbrando.

—Sí.

Y Len, como hablando consigo mismo, dijo:

—Mi hijo ha debido nacer ya y yo estoy aquí, sin poder verle, sin poder mirar sus ojos, sin tenerlo en mis brazos…

Se volvió hacia el muchacho y con voz en la que la emoción dejaba su acento imborrable, dijo:

—Antes, Joe, te digo la verdad, no deseaba a ese hijo. Pensar que podía llegar un día en que los renegados, al verle fuerte y joven lo sacasen del campamento, para uncirlo a un pequeño vehículo, me daba frío y terror. Pero, desde que estuve en la cueva del Soñador, desde que vi los libros, desde que comprendí que lo que él decía era verdad, deseo a este hijo. Porque algo me dice que él conocerá lo que tantas generaciones han esperado vanamente: ¡La hora de la libertad!

—¡Qué hermoso será eso, Len! Daría cualquier cosa por conocerla.

—¿Quién sabe? Ya te digo que siento eso, que parece como si algo me dijese que los tiempos malos terminarán pronto. Pero, después de todo, no me hagas demasiado caso; es muy posible que sólo sean imaginaciones mías.

Callaron, ya que Cumming, a la cabeza de unos cuantos renegados, acababa de entrar en la cuadra.

Se dirigió directamente al lugar donde Len y Joe estaban sentados.

—¡Hombre! ¡Precisamente os buscaba a los dos! ¡Qué casualidad!

Y después de una corta pausa, dijo:

—Tu «Hurmia», Len, quiere dar un paseo hasta el mar.

Len se levantó sin despegar los labios.

—Pero es que hay algo más —siguió diciendo Cumming—. La «Hurmia» desea llevar en su coche a una amiga. Lo hemos arreglado, ampliando el asiento. Y como la invitada es el ama de Joe, os engancharemos a los dos en el mismo carruaje.

Len parpadeó.

—Joe es demasiado joven y nunca ha ido atado con otro. No sabrá llevar el ritmo ni repartir el peso. ¿Por qué no pones a otro conmigo?

El látigo restalló sobre el cuerpo del esclavo.

Cumming gritó:

—¡Empiezo, a estar harto de ti, Len! Si tu «Hurmia» no apreciase

tu fuerza y tu destreza, hace tiempo que te hubiera echado al desierto para que los «Hurmios» te cazasen, divirtiéndose.

Len no dijo nada.

Y el otro, enfurecido, contestó:

—Se hará lo que yo diga, ¿entiendes?

—Yo sólo te advertía de que puede ocurrir una catástrofe. Y las «Hurmias» no estarán contentas si se ven por el suelo.

Los ojos de Cumming brillaron salvajemente.

—¡Ojalá ocurra eso! Sería la mejor manera de acabar contigo. Porque ya sabes que un accidente de ese tipo se paga con el desierto, con la muerte, cazado por los amos. ¡Y eso es lo que te estoy deseando desde cuando tú sabes!

Intervino Joe, cuyo rostro estaba blanco.

—No te preocupes, Len. Haré lo que tú digas.

—¡Así me gusta! —rió el renegado—. ¡Da gusto ver el compañerismo que reina entre vosotros! ¡Vamos, perros!

Ladró el látigo y los dos esclavos fueron conducidos hasta el lugar donde se hallaba el vehículo de Len.

El coche había sufrido, en efecto, algunas modificaciones, con la ampliación del asiento. Pero Len se percató de lo difícil que iba a ser mantener el equilibrio de aquel coche, con el peso de las dos «Hurmias».

Hasta el eje podía fallar.

Momentos después, estaban los dos uncidos a las varas. Joe fue colocado delante y Len detrás, debiendo soportar casi la totalidad del peso que pronto caería sobre él.

Llevadas en hombros por sendos grupos de esclavos, las dos «Hurmias» fueron delicadamente colocadas en el doble asiento. Y cuando tal cosa fue hecha, Len tuvo que poner todos sus músculos en tensión, esperando que, cuando el vehículo se pusiese en marcha, el esfuerzo se repartiría entre el joven y él.

Imska estaba encantada.

—Qué maravillosa idea he tenido, ¿eh, Cumming?

—¡Magnífica, poderosa señora!

La «Hurmia» se volvió a su compañera:

—¿Te das cuenta, Droska? —inquirió, señalando a Len—. Éste es el mejor esclavo que se haya visto jamás. ¡Fíjate bien en él! Ya sabes que peso mucho más que cualquier «Hurmia» —sonrió orgullosa—.

¡Por algo he ganado todos los concursos! Pues Len me lleva más rápidamente que cualquier otro y más lejos que cualquiera de los vuestros.

La otra se mordió los labios; pero, sonriendo:

—Es verdad. Es un esclavo magnífico. Pero mira el mío: es joven aún, es verdad, pero llegará a ser un ejemplar estupendo.

—¡Nadie podrá igualar al mío!

—Pero un día será viejo, querida…

—Ya lo sé. También lo seré yo; pero mi hija tendrá un esclavo como él. Porque Len, según he sabido, espera un hijo y él será el esclavo de mi pequeña Triska.

Alargó el brazo, pinchando levemente a Len, que se volvió.

—¿No es verdad, Len, que esperas un hijo?

—Sí, poderosa señora.

—¿Lo ves? Los hijos de este esclavo serán fuertes como él.

Len miraba al suelo.

¡Su hijo!

No lo conocía aún y ya los «Hurmios» se permitían forjarle un destino tan espantoso como el suyo.

«¡Que el Soñador no se equivoque! —se dijo—. ¡Que sus predicciones sean ciertas y que mi hijo y todos los niños que nacen ahora, conozcan la Hora de la Libertad!…».

¿Qué importaba, después de todo, que él y otros muchos sufriesen lo indecible, si los pequeños iban a salvarse de tal estado de esclavitud?

—¡Adelante! —ordenó Imska.

El vehículo se puso en marcha y Len notó en seguida que Joe no podía controlar el ritmo.

—¡Camina derecho! —le gritó.

Joe luchaba desesperadamente y, de no haber sido por Len, la catástrofe se hubiese producido cien veces durante el camino.

Durante tres horas —tres interminables horas—, fueron paseando por donde la «Hurmia» les ordenó. Hasta que, ya a media tarde, después de haber hecho un pequeño descanso junto al mar, volvieron a la finca, donde pararon muy poco, ya que las «Hurmias» optaron por regresar a la ciudad.

Al recibir la orden de regresar al Campamento, Len apenas si podía tenerse en pie.

—¡Perdona! —le dijo Joe, al tiempo que le quitaban de aquel vehículo para uncirle al suyo.

Una triste sonrisa asomó a los labios de Len.

—No te preocupes, muchacho: te has portado muy bien.

Momentos más tarde, sacando fuerzas de flaqueza, Len trotaba bajo el cielo estrellado hacia el Campamento.

Nunca se había encontrado tan débil como en aquella ocasión. Y al recordar el final de los esclavos destinados a los carros, al recordar sus toses sanguinolentas, su delgadez cadavérica y su fiebre, no pudo evitar un estremecimiento.

¡Tenía que ser fuerte!

Debía conservarse como hasta entonces, mucho más ahora que nunca, ya que su hijo, al que iba a ver muy pronto, necesitaba sus brazos fuertes para subsistir, para hacerse fuerte como él y para esperar el momento del que había hablado el Soñador: ¡La Hora de la Libertad!

Nada más mágico podía oírse que aquellas maravillosas palabras. La hora de la libertad lo significaba todo y todos los esfuerzos eran pocos para esperarla.

Respiraba impaciente cuando los renegados del puesto de vigilancia le quitaron los anillos metálicos. Y frotándose las muñecas heridas; por el esfuerzo hecho aquel día, corrió hacia su choza, con un ansia que no había sentido jamás.

Pero al acercarse a su casucha, Pat, que surgió de la oscuridad —y que evidentemente le esperaba—, se interpuso entre él y la puerta.

—¡Hola, Len!

—Hola, Pat. ¿Ha ido todo bien?

—Sí.

—¿Mary?

—Perfectamente.

—¿Y el niño? Porque habrá sido un niño, ¿verdad?

—Sí, ha sido un niño.

Len sonrió, sintiendo que la felicidad le empapaba el alma.

—Voy a verlo, Pat.

—Un momento.

El joven frunció el entrecejo.

—¿Qué ha ocurrido, Pat? ¡Habla!

El viejo tartamudeó; luego, tras una pausa, empezó:

—Escucha, Len. El niño no está aquí.

—¿Qué quieres decir? —aulló el joven—. ¿Es que ha muerto?

—No.

—¿Entonces?

Otra nueva pausa, interminable.

Sin poder más, Len se adelantó, cogiendo el cuerpo del viejo entre sus sólidas manos:

—¡Habla de una vez, Pat! ¡O no podré contenerme!

—Escucha, Len… hijo… Tu hijo nació vivo, puedes creerme. Pero el Soñador estaba aquí.

—¿Y qué tiene que ver él en todo esto?

—Se lo llevó, Len.

—¿Eh? ¿El Soñador se llevó a mi hijo? ¿Por qué?

—No lo sé. No lo vi… Las mujeres me lo contaron.

Fue como si una llamarada le quemase dentro.

Y sin decir nada, salió corriendo hacia el desierto.

Nunca había sentido un ansia homicida como la que le dominaba, salvajemente, en aquellos momentos.

CAPÍTULO IV



a noche estaba sobre él, en el cielo estrellado. Por oriente, con una lentitud perezosa, una luna enorme, rojiza, asomaba ya la mitad de su lúbrica redondez.

¿De dónde había sacado aquellas nuevas energías? Ahora recordaba que sólo deseaba llegar a la casa, besar a su hijo y a su esposa y dejarse caer, sobre el suelo, buscando un poco de reposo a sus músculos destrozados por los sobrehumanos esfuerzos.

Sin embargo, en aquellos momentos, la furia y la rabia centuplicaban sus energías, contrayendo dolorosamente sus músculos, los de sus manos, que sólo querían poder apretar, hasta chascar las vértebras, el cuello del Soñador.

¿Qué se había creído aquel hombre? ¡A nadie, ni al mismo jefe de los «Hurmios» hubiese consentido que le arrancase de su lado a su hijo!

Tomando el camino más recto, pisoteó los cultivos, sin importarle nada el destrozo que hacía. Después de todo, sabía que

algo iba a terminar y que, a partir de aquel momento, poco le importaba lo que ocurriese.

Era casi seguro que los otros esclavos vengasen en él la muerte del Soñador. Pero, cuando hubiera llevado el pequeño a los brazos de su madre donde debía haberle encontrado, nada más le interesaría.

Una vez dejó atrás la zona de los cultivos, se orientó rápidamente y, penetró en la zona desértica dirigiéndose hacia el lugar donde se encontraba la gruta.

Todavía estaban alrededor de la cueva las piedras que los esclavos, al acudir a la llamada del Soñador, utilizaban como asientos.

Len se pasó unos instantes, mirando todo aquello que estaba lleno de gratos recuerdos para él. En su fuero interno, luchaba aún, contra las ideas contradictorias que había en su mente. Y es que le era difícil concebir que el Soñador hubiese llevado a cabo un rapto que le desprestigiaba definitivamente ante sus ojos.

El recuerdo de su hijo volvió a llenar sus venas de un odio ardiente. Y, sin pensarlo más, echando a un lado las ideas que le habían hecho dudar hasta aquel momento, avanzó definitivamente hacia la cueva, deteniéndose ante la entrada.

—¡¡Soñador!! —llamó con voz potente.

Instantes después, la blanca silueta del hombre surgió de la negrura de la cueva.

Len tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para vencer la impresión que el Soñador le causaba siempre. En efecto, parecía como si de aquella figura blanca emanase un extraño poder, una fuerza que se conjugaba con las ansias del esclavo.

¿No era acaso el único hombre que había hablado de libertad, que les había elevado al rango de criaturas inteligentes, que les había dicho que todo cuanto había sobre la Tierra había sido hecho por hombres como ellos?

Len consiguió vencer todo aquello, logrando ver en el hombre que tenía enfrente únicamente al raptor de su hijo.

Y avanzó unos pasos, con firmeza.

Pero antes de que pudiese decir algo, la voz del otro se dejó oír, con aquel tono convincente y profundo que el esclavo conocía:

—¡Hola, Len! Te esperaba.

—Sabías que iba a venir, ¿eh?
—Sí.
La cólera aumentó en Len.
—Pero lo que no sabes, seguro, es por qué he venido: voy a matarte por haber robado a mi hijo.
Hubo una pausa; después contestó:
—Comprendo tu cólera, Len. Yo esperaba que regresases de la ciudad antes de que naciese el pequeño. Tenía una especie de intuición. Y cuando vi que se cumplía, tuve que llevarme al niño doliéndome de que no estuvieses a mi lado.
—No comprendo una sola palabra.
El Soñador avanzó unos pasos, pero Len lo detuvo con un gesto.
—¡Quieto ahí, Soñador! ¡No te muevas!
—¿Por qué?
—¿Es que no te das cuenta de que mis dedos están temblando de ansia de cerrarse alrededor de tu cuello… y apretar hasta rompértelo?
Una triste sonrisa apareció en los labios del hombre.
—Entiendo… no me moveré. Pero deja, al menos, que hable contigo.
—¡Quiero a mi hijo! ¡Es mío!
—Lo sé. Es tuyo, pero déjame explicarte.
Len contuvo, con un gran esfuerzo, la cólera que le dominaba. Y con voz ronca, accedió:
—Habla. Te escucho.
—Bien. Yo estaba al lado de tu esposa.
Len inquirió:
—¿Por qué?
—Porque, como ya te dije antes, tuve una intuición, todavía no sé por qué. Yo suelo salir aquí cada noche para pensar. Me gusta mirar hacia el cielo estrellado e imaginar que hay otros hombres como nosotros allá lejos, en los mundos que brillan en la noche. Hace unas noches, como muchas veces, me quedé adormecido. Y cuando me desperté, bruscamente, estaba asustado. Porque aún había en mi mente unas palabras que resonaban en mis oídos como si alguien las hubiese pronunciado aquí, a mi lado.
—¿Había alguien?
—No. Nadie. Me levanté y miré a mi alrededor. Había una luna

tan hermosa como la de esta noche, pero sólo vi las piedras donde vosotros soléis sentaros cuando venís a escucharme.

—Entonces, ¿quién te había hablado?

—No lo sé. Fue una voz y sus palabras, que no he podido olvidar, resonaban, como acabo de decirte, con una gran fuerza en mis oídos.

—¿Qué te dijeron?

—Me dijeron: «Len, el esclavo, va a tener un hijo. Ve por él y cuídale. Porque él será nuestro instrumento para que llegue hasta vosotros la hora de la libertad». Eso me dijo la voz.

—¿No lo habrás soñado?

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque cuando tu hijo nació y me di cuenta de que no era como los otros…

—¿Qué quieres decir? ¿Mi hijo no es como los de los demás?

—No.

Len tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo es? —preguntó.

El Soñador señaló la entrada de la cueva.

—Ven conmigo… no hagas ruido… ahora duerme y podrás verlo.

A Len le extrañó y aterró, al mismo tiempo, que sus piernas temblasen, como si toda la fatiga de los días pasados, acumulada en su cuerpo, surgiese de repente.

Y miró con pánico hacia la cueva.

—¿Crees que debo verlo? —inquirió con voz apagada.

—Sí.

Siguió al Soñador, penetrando en la cueva que ya conocía, puesto que había pasado muchas horas allí dentro, cuando fue en busca de Mary. Todo estaba igual, los montones de libros en los rincones; pero, al fondo, junto a una segunda cueva, lucía un candil.

—No hagas ruido —le rogó el otro.

Avanzaron silenciosamente hasta que Len vio la cuna que había fabricado, con sus propias manos, para el niño que iba a venir. Y otra vez la emoción mordió su pecho.

Se acercó más.

El Soñador había cogido la luz y la levantaba ahora, de forma

que Len pudiese ver el niño que yacía en la cuna.

La luz iluminó el cuerpecillo que había allí.

Y también la cabeza.

Una cabeza enorme, que abultaba tres veces lo que el cuerpo entero, con una frente amplísima, una nariz minúscula y una boca pequeña y de labios delgados.

Len se estremeció de pies a cabeza.

Temiendo que lanzase alguna exclamación, el Soñador le cogió enérgicamente del brazo, llevándoselo fuera después de dejar la luz en el suelo.

Un silencio impresionante cayó sobre ellos.

Luego, de repente, con una voz truncada por el dolor Len dijo:

—¡Un monstruo! ¡Mi hijo es un monstruo!

—No —replicó el Soñador, con viveza—. Tu hijo no es ningún monstruo, sino una maravilla.

—¿Eh? ¿Quieres burlarte de mí?

El otro le miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo puedes concebir, Len, que desee burlarme de ti? Ahora comprenderás, parcialmente, por qué lo he traído aquí. Tú eres demasiado célebre y todo el mundo, incluso los renegados, esperaban que naciese tu hijo. Y ya sabes cuáles eran los motivos de ese inhumano interés. Eres el mejor de los esclavos conductores de carros y los «Hurmios» desean que tus hijos sean tan fuertes como tú.

—Lo sé. La «Hurmia» a la que sirvo me lo dijo hoy. Me puso al corriente de todo.

—Piensa entonces lo que hubiesen hecho con el pequeño al verlo. Son crueles, Len, e inhumanos. Se lo hubiesen llevado a los «Hurmios» y es casi seguro que no lo hubieses visto jamás. Sabes muy bien que los hijos anormales de los esclavos desaparecen de manera misteriosa. Y que son los renegados los que los roban y los matan. ¡No quieren gente inútil en el campamento, sino seres fuertes que sucedan a los que el cansancio, la vejez o la enfermedad van eliminando continuamente!

—Lo sé. Pero yo hubiese matado al que se acercase, con esas intenciones, a mi hijo.

—No hubieras conseguido nada.

Len tuvo que asentir, muy a pesar suyo.

—Es verdad —confesó.

Y después de una pausa, con voz dolorosa dijo:

—De todos modos, mi hijo no es normal: es un monstruo.

—¡Te he dicho que no, testarudo! Tu hijo es un misterio maravilloso. Y yo fui el primero en darme cuenta.

—¿Cuenta? ¿De qué?

—De que la voz que me habló aquella noche no era falsa. No, no había soñado.

—¿Quieres explicarte de una vez, Soñador?

—Sí. Comprendo perfectamente tu extrañeza y tu impaciencia. Verás: nada más nacer y antes de que tu esposa lo viese, causándole un gran dolor, lo cogí yo, sacándolo, bien abrigado, de la choza. Entonces, cuando lo tenía en los brazos, me habló…

—¿Eh? ¿Que mi hijo te habló al nacer? ¿Qué locura es ésa?

—También creí yo, Len, que mis sentidos me engañaban. Pero no fue así y tuve que rendirme a la evidencia de lo que parecía imposible, inconcebible: tu hijo me había hablado.

Len tenía la espalda sudorosa. Y sintió frío, como si el viento del desierto hubiera llegado en aquel momento.

—Tu hijo me saludó, llamándome por mi nombre. Y yo comprendí entonces que algo muy importante había pasado y que este niño valía más que todos los demás…

Hizo una pausa.

Luego, poniendo una mano sobre el hombro de Len, dijo:

—Por eso lo he traído conmigo. Aunque, si lo deseas, puedes llevártelo. Tú eres, después de todo su padre y el dueño de su destino.

—¿Y Mary?

—De eso quería yo hablarte también, Len. Has de decirle la verdad. Podrá venir a verle cuantas veces quiera. No podemos quitarle ese derecho…

—Así lo haré.

—El niño es un misterio y ese misterio se irá resolviendo. Yo, francamente, no comprendo nada de lo que pasa. Pero, no obstante, siento como si el gran momento se acercase.

—¿La hora de la libertad?

—Sí, eso es.

Una sonrisa afloró a los labios de Len.

Toda su actitud había cambiado radicalmente.

Y ahora, desde el fondo de su pecho, el orgullo le llenaba con un calor agradable.

—¡Estaba seguro de que los tiempos nuevos llegarían para mi hijo! Pero no podía imaginar que fuese precisamente él quien los trajese.

—Pues así es, Len.

—¡Y yo que venía a matarte!

—No es extraño. Un hijo es algo grande, inmenso. Y tu reacción era completamente normal.

—Debes perdonarme, Soñador.

—No hay nada de que perdonarte, Len.

Hubo un corto silencio; luego Len, frunciendo el ceño, dijo:

—¿Quedará siempre así?

—¿Qué quieres decir?

—¿Será siempre… tan diferente a los demás, a nosotros, a todos?

—No lo sé, amigo mío.

—Yo había soñado con un hijo como yo, con un muchacho fuerte, capaz de demostrar a los demás que la energía de un hombre y su voluntad no se quiebran así como así.

—Lo sé. Comprendo lo que deseabas como hijo. Pero debes pensar que el tiempo de la fuerza, de la violencia física ha de dejar paso a otro tiempo: al del pensamiento. Hemos vivido dentro del estrecho marco de una vida puramente animal. Ahora, con tu hijo, se inaugura una época distinta. Y el hombre vuelve a ser un ser esencialmente que piensa, cuya fuerza ha abandonado los músculos para concentrarse, por entero, en el cerebro.

—Lo comprendo.

Puso sus fuertes manos sobre los hombros del otro.

Y con voz cargada de emoción dijo:

—¡Soñador! Te confío a mi hijo. Nadie como tú sabrá llevarle por el camino que el destino le ha trazado. Vendré a verle, así como Mary, pero tú serás quien haga de él lo que deba ser. Adiós.

Y se volvió, alejándose rápidamente de allí, bajo el cielo estrellado.

El Soñador lo contempló hasta que la noche lo borró de su vista.

Luego, a pasos lentos, volvió a la cueva.

Acercándose a la cuna, miró al niño, frunciendo el entrecejo, preguntándose qué clase de misterio se encerraba bajo aquella frente abombada, en aquella cabeza enorme, que era como una demostración de un destino ignoto, pero fundamental para los hombres que sufrían sobre la superficie de la Tierra.

Suspiró.

Pero cuando se disponía a alejarse, llevándose la luz al rincón donde solía echarse para descansar, el niño abrió los ojos, mirándole fijamente.

El Soñador sintió una rara sensación de frío en la espalda.

Aquellos ojos que le miraban estaban llenos de vida y no correspondían en absoluto a lo que debían haber sido los ojos de un recién nacido. Era como si le mirasen desde lo hondo de un misterio indescriptible.

—Ha venido mi padre, ¿verdad?

El hombre tardó en contestar, venciendo con dificultad la emoción que le dominaba.

—Sí —repuso.

—Dentro de unos días —dijo el niño— tendrás que llamarle. Debe hacer algo muy importante.

—Bien.

Y después de un silencio, incapaz de retener la curiosidad, preguntó:

—¿Quién eres, en verdad?

—El hijo de Len, el esclavo —repuso el bebé—. Ahora debes descansar, Soñador. Mañana seguiremos hablando.

Y cerró sus ojos, sumiéndose en un sueño tranquilo… como el de un niño.

CAPÍTULO V

en procuraba no distraerse, pero le era muy difícil lograrlo.

Sentada entre los cómodos cojines del vehículo, Imska, la «Hurmia», no dejaba de pincharle con el largo bastón de punta acerada. Estaba enfadada y lo manifestaba con grandes chillidos, propios de una histérica.

—¡Te mandaré destrozar, esclavo! ¡Haré que te envíen al desierto para que allí te cacen! ¡Casi me haces caer hace un momento!

Y era verdad.

Pensando en otras cosas, Len había estado a punto de chocar con otro vehículo, volcando el suyo propio. Sólo su intuición, en el último instante, había librado a la «Hurmia» de la catástrofe.

A pesar de todo, de las amenazas de la «Hurmia», Len no podía dejar de pensar, pareciéndole que se encontraba en una especie de ensueño, como cuando despierta uno, no sabiendo exactamente si se

ha entrado en contacto con la realidad o se sigue dormido.

La noche anterior, Mary y él habían ido, por vez primera, desde que el pequeño había nacido, a verle.

¿Cómo pudieron resistir tanto?

Mary era evidentemente quien había sufrido más en aquella larga espera. Pero él supo convencerla, porque comprendía que el Soñador no deseaba que le importunasen en el «trato» constante que tenía con el pequeño.

Por último, Len decidió que había llegado el momento de ver a su hijo. Y cogiendo a su esposa por la mano, atravesó los sembrados una noche, camino de la gruta.

El Soñador les había recibido con una amable sonrisa, dejando luego, que la madre pasase la primera para conocer a su niño. Pero cinco minutos más tarde Mary salía de lo hondo de la cueva, llorando silenciosamente.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Len.

Ella se abrazó a él, sin despegar los labios, dejando que las lágrimas cayesen blandamente por sus mejillas.

Después, cuando Len le hubo acariciado los cabellos y tranquilizado, Mary miró a su esposo, con aquellos grandes ojos azules.

Y con voz cortada por la emoción exclamó:

—¡No puede ser mi hijo, Len!

—¿Cómo? ¿Que no es tu hijo?

—Compréndeme, amor mío.

—¿Es que vas a avergonzarte de él por su aspecto?

—No es eso. Una madre lo perdona todo y sabe comprenderlo todo también. Si mi hijo fuese el más horroroso de los monstruos que puedan imaginarse, yo lo cogería en mis brazos, defendiéndolo contra todos, convencida, al mismo tiempo, de que no podía haber nada más hermoso bajo el sol.

—¿Entonces?

—Compréndeme, Len —insistió la muchacha—. Yo no he visto nada feo en nuestro hijo. Tú me habías prevenido ya, si no, hubiera echado a correr, aterrada, enloquecida.

—Pero ¿por qué?

—Porque me ha hablado. Lo ha hecho como lo habría hecho un hombre. ¿Lo entiendes ahora? Me ha mirado con sus ojos, que

parecen los de una persona mayor… y me ha hablado.

—Comprendo.

—Yo esperaba encontrar a un niño, a un bebé que necesitaría de mí, que llorase al verme, que reclamase mi ayuda, la ayuda de su madre, como ocurre con todos los hijos pequeños. Pero, en vez de eso, me he hallado ante algo que no se puede entender: un pequeñín que te habla, que razona y que te trata como si el bebé fueras tú.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Oh! Me ha dicho cosas muy hermosas… Me ha dicho que me quería mucho y que deseaba que le perdonase por todo. Que comprendía lo que yo necesitaba y que le dolía enormemente tener que darme el disgusto de encontrarme ante un hijo… anormal. Pero que tuviese paciencia, que todo se iría arreglando y que mi hijo (ésas fueron sus palabras) me seria devuelto.

—¿Eso te ha dicho?

Y Len miró al Soñador, que guardaba silencio, a su lado.

—¿Qué habrá querido decir con eso, amigo mío? —inquirió.

—No lo sé —repuso el hombre de blanco—. Muchas veces —agregó—, cuando hablo con él, dice cosas que no acierto a comprender. Habla de una manera rara, con frases cuyo contenido es misterioso.

Intervino Mary, cuyo interés de madre se centraba en cosas mucho más positivas que las que los hombres discutían:

—¿Se alimenta bien, Soñador?

El hombre sonrió.

—Sí, Mary, no te preocupes. Mis dos cabras dan leche suficiente para nutrirlo. Es curioso —dijo, después de una breve pausa—: respecto a la alimentación, se comporta como un bebé de su edad. Sin embargo, en cuanto al resto…

—¡Ah! —exclamó Mary, atrayendo la atención de los dos hombres.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Len.

—Se me había olvidado. Él; es decir…, nuestro hijo, ha dicho que deseaba verte…

Y mirando a su esposo quiso saber:

—¿Cómo vamos a llamarle?

El esclavo estaba ya decidido, a aquel respecto, desde hacía

tiempo.

—¿Te parece bien, querida, que lleve mi nombre?

—¡Oh, si!

—Pues bien; se llamará Len, como yo. Y ahora voy a verle.

No penetró en la cueva sin una cierta aprensión. Luego, al detenerse ante el bebé, que le miraba con una sonrisa en los labios, comprendió todo lo que, momentos antes, había sentido su esposa.

—¡Hola, padre!

—¡Hola, hijo!

Y como Len no supiese lo que decir, el bebé comentó:

—Mamá ha estado aquí. Me gusta mucho. Cuida de ella, es muy buena.

—Cuidaré de ella.

—No sabes lo que lamento haber tenido que comportarme con ella… de una manera nada normal. Pero no hay más remedio y tú lo comprenderás, ¿verdad?

—Lo comprendo todo, hijo mío.

—Yo sé, padre, la ingrata vida que llevas. Pero te aseguro que, si tenemos un poco de suerte, haremos que las cosas cambien para siempre.

—Eso espero.

Hubo un nuevo silencio.

Después el pequeño dijo:

—Quería hablar contigo porque deseo que te enteres de si la torre de plata sigue aún en la ciudad.

—¿La torre de plata? ¿Qué es eso, hijo?

—Una torre alta y brillante que debe encontrarse en un edificio abandonado, no lejos del mar y a unos quinientos metros de la casa de Smak. ¿Conoces a ese «Hurmio»?

—Sí. He ido muchas veces a su casa.

—Bien. Necesito saber si dentro del edificio del que te he hablado se encuentra esa torre de plata. ¿Podrás enterarte?

—Lo intentaré.

—Debes entrar en la casa para saberlo.

—Sí, ya comprendo. Lo malo es que estamos atados a los carros…

—¿Siempre?

—Excepto a las horas de comer.

—Sé que será difícil, padre. Y peligroso. Pero tenemos que hacerlo. Ten mucho cuidado de que nadie te vea.

—Así lo haré.

—Después, si la torre sigue allí, ven en seguida a decírmelo.

—Lo haré a la noche, al regresar al campamento.

—Bien.

Un nuevo silencio.

Fue Len quien lo rompió.

—¿He de hacer algo más?

—No, padre. Con eso es suficiente por ahora. Pero quiero que te cuides, que reserves tus fuerzas para pronto. Puesto que tú serás uno de los primeros en conseguir la libertad. Adiós, padre.

—Adiós.

* * *

¿Cómo no estar distraído después de una conversación como aquélla?

Tirando del vehículo ocupado por la «Hurmia», Len no dejaba de pensar en las palabras de su hijo y en que debería aprovechar las horas del mediodía para ir al edificio del que había hablado el pequeño Len.

¿La torre?

Tenía razón el Soñador al decir que era casi imposible comprender lo que el bebé decía.

Parecía que Imska había olvidado su furia y ahora ordenó al esclavo que se detuviese ante unos almacenes en cuyos escaparates se exponían telas preciosas de los más exagerados tonos.

—¡Di que me lleven dentro, Len! —dijo ella.

El esclavo lanzó un grito penetrante, haciendo salir a un grupo de hombres que sacaron, cuidadosa y trabajosamente, a la monstruosa criatura del interior del vehículo.

Una vez dentro del almacén y siempre llevada en hombros, Imska se hizo conducir a un sillón amplio, donde cupo, con trabajo, su oronda persona. Otros esclavos, éstos vestidos un poco mejor que los otros, empezaron a traer piezas de tela que desplegaban ante ella.

Los almacenes eran los mismos que los hombres construyeron

antes de la Gran Hecatombe y las telas que allí se vendían eran fabricadas por esclavos especializados, que vivían en la ciudad, ya que los «Hurmios» hubiesen sido incapaces de hacer tal cosa.

La degeneración de los invasores había llegado a un punto inconcebible. Y fuera de alimentarse glotonamente y reposar, cosa que hacían la mayor parte del día, ninguna actividad, ni física ni mental, les ocupaba.

Fuera, Len seguía pensando.

Con verdadera impaciencia, esperaba que su ama regresase a casa y que diese la orden de desengancharle, para que comiese la bazofia que les daban en los sótanos que se habían convertido en cuadras para los esclavos.

Tuvo suerte.

Imska salió, sobre los hombros de los porteadores, junto a otros que iban cargados de telas. Las «Hurmias» tenían una verdadera pasión por las telas multicolores, lo que demostraba también, de una manera palpable, la decadencia de su gustó.

Cuando, finalmente, sobrecargado, Len llegó a la casa de Imska y que uno de los renegados le quitó las argollas de las muñecas, ordenándole de ir hacia los sótanos, respiró.

Sabía que ahora iba a empezar lo más peligroso.

Esperó unos instantes hasta que creyó llegado el momento de escapar. Lo hizo, saliendo por una de las puertas laterales, avanzando, a partir de entonces, por las calles desiertas y los callejones más estrechos, ya que un esclavo en libertad, por las calles de la ciudad, con las muestras en las muñecas, que demostraban su calidad inferior, hubiese provocado un verdadero escándalo.

Dejando a un lado la casa de «Hurmio» Smak, Len avanzó hacia el edificio del que le había hablado su hijo. El pequeño no se había equivocado al decir que se trataba de una casa abandonada.

Tuvo que saltar por la tapia, penetrando en un patio que ofrecía el aspecto de desolación y abandono que podía esperarse. Lo mismo ocurría en el interior del edificio, donde las grandes naves, llenas de máquinas complejas, estaban cubiertas de óxido, la mayor parte.

¿Qué podía ser aquello?

El Soñador había hablado mucho de los poderes de los hombres de otros tiempos, pero aquélla era la primera vez que Len veía algo

de lo que debió ser la compleja industria de sus antepasados.

No podía dejar de sentir una creciente emoción a medida que miraba todas las maravillas que le rodeaban. Aquellas gigantescas máquinas, silenciosas ahora, podían imaginarse en pleno movimiento, rodeadas por hombres libres, por seres que no podían pensar que los hijos de sus hijos o los hijos de éstos caerían en la más baja de las esclavitudes.

Prosiguió recorriendo las salas amplias. Hasta que, de repente, al pasar por una puerta, desembocó en un patio inmenso, en cuyo centro se erguía, magnífica y brillante…

¡La torre de plata!

No hacía falta más que verla para identificarla como lo que el bebé había dicho.

Y Len, con un nudo de emoción apretándole el cuello, miró aquella cosa, que elevándose sobre el suelo, apuntaba hacia el cielo, brillante, pulida, maravillosa, espléndida…

¡Allí estaba la torre de plata!

Y aunque el pobre esclavo no comprendiese en absoluto lo que podría ser aquello, le pareció como un monumento a la Libertad, como algo que los hombres habían hecho para demostrar que la esperanza no se había perdido y que sus descendientes, esclavos, podrían, como aquel magnífico objeto, mirar hacia la liberación del espacio.

No podía separar la mirada de aquella torre y mil cosas se despertaban en su espíritu, junto a las preguntas que se estaba haciendo y que naturalmente era incapaz de contestar.

Pero, de todos modos, sin saber exactamente por qué, sentía que el bebé no se había equivocado y que aquella torre podía jugar un papel importante en los nuevos tiempos que se anunciaban.

Tan absorto estaba, que no notó la presencia de un hombre que salió de lo hondo de la nave que él acababa de abandonar. Y no sintió la presencia del otro hasta que el látigo cayó sobre sus espaldas, con un chasquido impresionante.

Más asustado que dolorido, Len se volvió y clavó su mirada en el renegado que estaba ante él.

Era el mismo que le había quitado las argollas en la casa de Imska.

Hubo un silencio, cargado de amenazas; después el otro

preguntó:

—¿Qué haces aquí, perro? Te he seguido y quiero saber por qué has venido aquí.

—Di un paseo y llegué hasta aquí por casualidad.

El otro soltó una carcajada.

—¿Cómo dices? ¿Desde cuándo se pasean los esclavos? ¿Desde cuándo saltan las tapias de las casas abandonadas?

Len no despegó los labios.

Se estaba dando cuenta de los resultados que podría tener todo aquello, ya que el renegado no perdería mucho tiempo en ir a los «Hurmios» para contarles lo ocurrido. Y lo peor no era el castigo que Len sufriría, sino que era muy posible que los amos, intrigados por su visita aquí, destruyesen la torre, temerosos de algo que, sin comprenderlo, podía ponerles sobre aviso de lo que ocurría.

—¡Contesta, perro!

El látigo restalló de nuevo, mordiendo la espalda de Len.

—Te he dicho la verdad.

—¡Embustero! ¿No sabes qué clase de castigo puede caer sobre ti si los «Hurmios» se enteran de esto?

Y mirando a la torre, preguntó:

—¿Qué significa esta columna?

—No lo sé.

—Ya hablarás. No te preocupes. ¡Vamos!

Todo iba a derrumbarse.

Len se estremeció al pensar en lo que diría el bebé al enterarse de que su padre, en el que confiaba, había fracasado de aquella manera.

No, no podía ser.

Así, decidido, avanzó, con apariencia de mansedumbre, como si se dispusiese a obedecer al renegado.

Y cuando estuvo junto a él dijo:

—Está bien. Voy a decirte lo que he venido hacer aquí.

El otro sonrió, pensando ya en el premio que recibiría al enterar a los amos de su interesante gestión.

—Habla de una vez.

—Verás… Yo vine aquí a ver la torre de plata.

—¿Cómo conocías su existencia? Yo no sabía nada y he paseado por la ciudad a mi antojo. ¿Quién te habló de ella?

—Bebé.

—¿Quién es?

—Mi hijo.

El látigo restalló.

—¿Quieres reírte de mí, perro? Sé que has tenido un hijo, pero que ha muerto… Y aunque viviese, ¿vas a hacerme creer que podía hablar como tú o como yo?

Había llegado el momento y Len estalló:

—¡Claro que habla!

Y se lanzó de golpe sobre el renegado, cogiéndolo desprevenido.

El otro intentó, con todas sus fuerzas, desasirse del esclavo. Pero sabía, antes de intentarlo, que era completamente inútil, ya que conocía la fuerza enorme de Len, Por eso se estremeció al sentir que aquellas poderosas manos se cerraban alrededor de su garganta.

Quiso decir algo, pero sus palabras se convirtieron en una especie de rugido ahogado, ininteligible.

Momentos después la vida le abandonaba y sus brazos se movieron, espasmódicamente, como si deseasen agarrarse a algo, afianzarse a la existencia que se le iba.

Len soltó al renegado y éste cayó, desplomándose a sus pies.

El esclavo permaneció unos instantes ante el cadáver de su enemigo, mirando después a su alrededor, hasta que se convenció que nadie, absolutamente nadie, podía haberle visto.

Luego, decidido a seguir la ruta que se había trazado, arrastró el cuerpo del otro, que dejó, perfectamente oculto, bajo una de las gigantescas máquinas de la sala vecina.

Cuando, más tarde, llegó a los sótanos de la casa de sus amos, se percató de que su presencia no había sido notada y de que los demás esclavos comían o dormían echados sobre los montones de paja que les servían de lecho.

Les imitó, sonriente, seguro de que bebé sabría apreciar lo que había hecho.

Capítulo VI



l Soñador estaba sudando de lo lindo.

Sirviéndose de viejos papeles y lápices que había rescatado hacía muchísimo tiempo y que constituían una especie de precioso tesoro para él, seguía las instrucciones del bebé.

Pero no comprendía ni una sola palabra. Una sonrisa divertida afloraba, de vez en cuando, a los labios del niño, al que el hombre mostraba de vez en cuando lo que iba haciendo.

—¡No, Soñador! Ese círculo está más a la derecha y los números deben empezar en el 360 hasta el 1036, No olvides que es un tensiómetro.

—¿Un qué?

—Un tensiómetro. Indica las resistencias probables durante la primera fase de vuelo.

—¿De qué vuelo?

—¡Eres imposible, Soñador! Te pasas el tiempo haciendo

preguntas. Por favor, dibuja ese círculo más a la derecha. Y no olvides marcar de negro el tercer botón del tablero de mandos, ya que no podemos pintarlo de rojo.

—No tengo lápiz rojo.

—Ya lo sé.

El hombre siguió obedeciendo, pero tuvo que repetir por tres veces consecutivas el dibujo hasta que el bebé dijo:

—Está bien…, creo que puede pasar.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Es ya de noche, Soñador?

—Sí, está oscureciendo.

—Bien. Creo que mi padre no tardará en llegar. Veremos si ha tenido suerte y ha descubierto la torre de plata.

Quince minutos más tarde Len llegaba a la puerta de la cueva y era introducido seguidamente por el Soñador, que le llevó ante el bebé.

—¿Lo has logrado, padre?

—Sí, pero me siguieron.

—¿Quién?

—Un renegado. No me di cuenta hasta que me sacudió un latigazo por la espalda, justo cuando contemplaba la torre de plata.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo maté.

El Soñador se estremeció.

—No había más remedio —se justificó Len—. De no haberlo hecho, los «Hurmios» se hubiesen enterado.

—Has hecho bien, padre.

El Soñador miró con horror al niño, pero no dijo nada.

—Viste la torre, ¿verdad?

—Sí. ¡Es maravillosa!

—Lo creo. ¡Enséñale el dibujo, Soñador!

Obedeció el otro y Len lanzó una mirada, frunciendo el ceño, sin comprender nada.

Bebé sonrió.

—Siéntate, padre, y descansa. Yo iré explicándote todo.

—Sí.

—Fíjate en la parte superior del dibujo. Hay cinco botones, pero sólo tres nos interesan. Por suerte, los constructores los colocaron

en orden. ¿Ves el primero, a la izquierda?

—Sí.

—Ése es el primero que hay que apretar.

—¿Para qué?

—Luego lo sabrás. Ahora debe bastarte eso: hay que empezar por la izquierda, apretando el primer botón. Bajo los botones hay una especie de círculo con una aguja. ¿Lo ves?

—Sí.

—Perfecto. Ese círculo ha de ser el guía de todo lo que se hará. Después de apretar el primer botón, hay que esperar que la aguja llegue al número doce… ¡enséñaselo, Soñador!

El otro obedeció.

—Cuando se haya hecho eso —siguió diciendo el pequeño—, hay que apretar el segundo botón, hasta que la aguja marque el número sesenta…

Continuó explicando, haciendo que el Soñador interviniese para hacer comprender a Len los números, que éste desconocía naturalmente.

Fue un trabajo pesado, y estuvieron cinco horas, sin recordar nada del tiempo.

De repente el bebé dijo:

—Basta por hoy. Ve a descansar, papá. Mañana por la noche continuaremos. No podemos dejar de trabajar hasta que te sepas todas esas maniobras de memoria.

—Pero… ¿qué es lo que intentas, hijo mío?

—Ya lo sabrás.

* * *

Nada más penetrar en el patio, atado ya a su vehículo, Len se percató de que algo extraordinario ocurría.

Todos los esclavos de la poderosa casa de Lumok estaban allí, en fila, ante un grupo de renegados que encabezaba Cumming. Éste, al ver llegar a Len, lo señaló a los otros.

—¡Sacarle del carro y que forme con los demás! —ordenó.

Luego, cuando Len estuvo en la fila, dijo, dirigiéndose directamente a él:

—Te esperábamos, perro. Y ahora que no falta ninguno…

Hizo restallar el látigo.
Después dijo:
—Uno de los nuestros, Smith, ha desaparecido.
Ayer por la mañana hablé con él, pero luego no le he vuelto a ver. ¿Qué sabéis vosotros?
Silencio.
—Yo ya sé que nos odiáis, que nos envidiáis…, por eso estoy casi seguro de que habéis sido vosotros los que le habéis matado. Porque no existe otra explicación. Le hemos buscado por todas partes, sin encontrarle.
Silencio.
—No tengo que deciros que tengo la autoridad máxima para hacer de vosotros lo que me plazca. Los amos me han dado toda clase de facilidades y sólo desean una cosa: conocer lo que ha pasado con Smith. Nunca ha ocurrido una cosa así, y no pararé hasta saber la verdad.
Su voz estaba cargada de amenazas, y todos los esclavos sabían que era capaz de las mayores enormidades.
Pero, no sabiendo nada, guardaron silencio.
Por su parte, Len estaba dispuesto a sufrir cualquier castigo personal que le infringiesen, no diciendo nada de lo que sabía.
—Pensadlo bien —insistió Cumming—. Dentro de poco, mi paciencia habrá terminado y ya será demasiado tarde para frenarme. Me conocéis y sabéis que no hablo en balde.
Silencio.
El renegado esperó unos minutos más. Los músculos de sus mandíbulas estaban contraídos y un brillo decidido lucía en sus pupilas.
De repente, desgarrando el silencio que reinaba en el patio, dijo:
—Está bien. Vamos a empezar…
Y volviéndose a los otros:
—¡Coged a uno de ellos! ¡A ése mismo!
Era uno de ellos, un joven delgado, pero de músculos fuertes. De nada sirvió la resistencia que opuso, ya que los renegados le golpearon con los mangos metálicos de los látigos hasta dejarlo atontado.
Luego le arrastraron fuera de la fila.
—¿Sabéis lo que voy a hacer con él? —inquirió cruelmente

Cumming.

Silencio, pero esta vez cargado de presagios malos.

—¡Voy a sacarle los ojos delante de vosotros! Si el culpable está aquí y desea ver cómo sufre su compañero, me es igual. Después de todo, sé que sois unos malditos perros, y que os es indiferente la suerte de uno de los vuestros.

Un sudor frió se pegó a la piel de Len.

¿Podría soportar aquello?

Por una parte, comprendía perfectamente que la causa era más importante que todo. Y que la muerta y el martirio de unos cuántos no significaba nada frente a la libertad de todos ellos.

Pero…

Len se sentía horriblemente culpable y luchaba desesperadamente contra algo que le dolía en lo hondo del pecho.

Mientras tanto, los renegados, que se habían alejado un poco, habían sentado, por la fuerza, al esclavo en el suelo. Y uno de ellos, con un cuchillo en la mano, se disponía a llevar a cabo la espantosa mutilación.

Los músculos de Len temblaban, como cables de acero expuestos a una tensión excesiva, como un muelle dispuesto a saltar.

Hasta que no pudo más.

Se volvió a sus compañeros y con voz ronca dijo:

—¿Vamos a consentirlo, amigos? ¡Ahora no están atadas nuestras manos y los látigos no hacen mella en nuestras curtidas espaldas, acostumbradas a los golpes!

Sorprendidos, los renegados miraron a su jefe. Cumming, por su parte, frunciendo el entrecejo, miraba a los esclavos, descubriendo que la decisión de Len estaba muy lejos de ser compartida por los demás.

Pesaba mucho la costumbre de ser dominados para que la reacción se produjese tan rápidamente.

Y, seguro de que podía frenar el influjo de las peligrosas palabras de Len, se decidió, avanzando hacia él, con el látigo fuertemente empuñado.

—¡Perro! ¡Maldito esclavo! ¡Voy a demostrarte lo poco que vales!

Pero no contaba con Len.

Durante mucho tiempo, muchísimo, Len había sabido aguantar

como los otros. Pero desde que había matado a Smith, con sus propias manos, desde que el bebé vivía y desde que había visto la torre de plata, había cambiado mucho su manera de pensar y ya no era el mismo.

Por eso, dejando que el renegado se acercase, se precipitó sobre él en el momento en que el otro levantaba el látigo, seguro de que el esclavo no sería capaz de rebelarse.

Las manos de hierro de Len alzaron el cuerpo de Cumming en el aire, como si fuese un muñeco, y lanzándolo sobre los otros renegados, gritó, con una voz poderosa:

—¿Os dais cuenta, amigos? ¡Fijaos en lo que hago con ese canalla! ¡A ellos!

Ahora sí que los temores de los otros habían desaparecido. Y como un solo hombre se lanzaron sobre sus verdugos, arrancándoles los látigos de las manos y golpeando con furia, haciendo que aquellos cobardes de pieles delicadas gritasen desaforadamente.

—¡Chillan como las mujeres! —rió uno de ellos.

Los golpes cayeron, como una lluvia densa, sobre los renegados, hasta que éstos perdieron el conocimiento. Algunos de ellos estaban gravemente heridos y no sobrevivirían.

Cuando los renegados quedaron inmóviles, los esclavos, volviendo a la realidad, miraron asustados al que había provocado aquella rebelión.

—¿Y ahora, Len?

Pero éste sonreía.

—Tenéis miedo, ¿eh? Hasta creo que tendré que juzgaros como lo hacía este canalla… —Y señaló a Cumming.

—Pero ¿qué quieres que hagamos? Hemos cometido un delito muy grave y nos matarán a todos.

—¡No! —replicó Len con energía—. No nos cogerán. Vamos a irnos hacia el desierto. Y si quieren conocer nuestra manera de golpear, ¡que vengan en nuestra busca!

—Saldrán a cazarnos.

—Ya lo sé, pero nos llevaremos las armas de estos canallas. Y si los «Hurmios» se atreven a venir a cazarnos, les enseñaremos los dientes.

Se dieron cuenta de que no había otra solución.

Y después de pasar a las habitaciones de los renegados,

llevándose los arcos, las flechas y las lanzas que utilizaban en las cacerías humanas del desierto, salieron de allí, llevándose también los látigos.

Eran un centenar, y aunque algunos renegados los vieron pasar por las calles de la ciudad, se limitaron a esconderse, dándose cuenta de que sería demasiado peligroso acercarse a ellos.

Len caminaba a la cabeza de aquella improvisada tropa y, cuando se acercaron al campamento, dijo:

—No debemos pasar por ahí. Los nuestros pagarían si los renegados de la base nos viesen entrar en nuestras casas. Iremos directamente al desierto, dando la vuelta por allá.

Y siguieron la marcha.

De repente, Len notó que un joven se le acercaba.

—¡Hola, Joe! —le saludó—. ¿Cómo estás aquí?

—Os vi pasar, comprendí lo que había ocurrido y escapé de la casa de mis amos para seguiros.

—Bien.

—¡Todos están orgullosos de ti, Len!

—Pues que no crean que nuestra vida, a partir de este momento será fácil.

—No importa. Aunque viviésemos poco, peleando y vendiendo caras nuestras vidas, jamás olvidaríamos que nos hemos convertido en hombres libres.

Len sonrió.

—Sí, eso es verdad.

Y recordando al bebé, se dijo que aquella misma noche, cuando hubiera dejado seguros a sus hombres, iría a verle, para seguir aprendiendo aquellas cosas complicadas que el Soñador había dibujado sobre el papel.

* * *

—¡Hola, hijo!

—¡Hola!

—Tengo que contarte muchas cosas, pequeño…

—Bien.

Le relató lo ocurrido.

Y cuando Len terminó, el bebé, con aquella sonrisa tan suya,

aprobó:

—Has obrado perfectamente, padre. No quisiera que nadie sufriese por nosotros. Aunque vuestra situación va a ser difícil.

—Lo sé.

—¿Cómo estáis armados?

—Con arcos y lanzas.

—¿Y los otros?

—Igual.

—¿No poseen los «Hurmios» armas más poderosas?

—No.

Intervino el Soñador.

—He oído hablar de armas que los «Hurmios» poseían, hace mucho tiempo. Pero las abandonaron.

—Comprendo. También nuestros antepasados tenían armas poderosas que deben estar por ahí. Pero es casi seguro que se habrán deteriorado, y las municiones no servirán para nada.

»De todos modos, puesto que hay igualdad de armamento, podéis por el momento defenderos con eficacia. Luego, más tarde, cuando poseamos armas invencibles, los “Hurmios” no podrán defenderse.

—¿Cuándo será eso, hijo?

—Muy pronto. Tienes que aprender, padre, lo del dibujo.

—¡Sí ya lo sé!

—Vamos a comprobarlo. ¡Prepárate, Soñador!

El hombre sacó sus dibujos y el bebé empezó a preguntar a su padre. Éste, con el entrecejo fruncido, iba contestando rápidamente, sin dudar.

¡Y no falló una sola vez!

—¡Es estupendo! —comentó el pequeño—. Veo que lo has aprendido, en efecto, muy bien. La hora se acerca.

—¿De veras?

—Sí, padre. Ahora has de buscar a un compañero. ¿Tienes alguno de confianza?

—Sí, Joe.

—Bien. Hazle venir mañana. Hablaremos, haciéndole aprender a él la segunda parte: el manejo del otro tablero, el de orientación. Dentro de unos días, si aprende tan rápidamente como tú, la hora habrá llegado.

—¡Qué ganas tengo!

* * *

Y así fue.

Tres días más tarde el bebé, después de hacer un examen completo a su padre y a Joe, sonrió.

—Ha llegado la hora.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Ir a la ciudad, penetrar en la torre de plata, haciendo lo que ya os he explicado. En el interior encontraréis lo mismo que he hecho dibujar al Soñador. No tenéis más que seguir las instrucciones y apretar los botones en el orden que os he dado.

—¿Qué ocurrirá?

—La torre de plata es, en realidad, un astronave.

—¿Un qué?

—Un vehículo que os sacará de la Tierra, lanzándoos al espacio. Una vez allí, no os preocupéis…, ya qué seréis bien recibidos.

—¿Por los hombres que escaparon de la Tierra?

—Sí.

—¿Y después?

—Ellos harán lo que sea necesario.

Len frunció el entrecejo.

Y después de una pausa dijo:

—Escucha, hijo…

—¿Qué deseas?

—¿No hubiera sido más fácil que esos hombres, mucho más poderosos que nosotros, hubiesen venido a aniquilar a los poderosos «Hurmios» y a los renegados?

—Sí, padre: hubiese sido muchísimo más fácil. Pero un día, muy cercano, sabrás por qué no ha sido posible. Confía en mí.

—Más que en nadie, ya lo sabes.

—Bien. Adiós, padre; es decir, hasta la vista. Tened mucho cuidado y no temáis nada. Una vez estéis en el interior de la astronave, nadie podrá haceros nada…

—Vamos, Joe. Diremos a los nuestros que vamos a ausentarnos por unos días.

—Vamos.

El Soñador les acompañó hacia la salida. Y cuando se alejaron, el hombre de la túnica blanca levantó la mirada, clavándola en las estrellas, mientras una emoción indescriptible se apoderaba de él.

CAPÍTULO VII


uidadosamente Joe cerró la puerta de la torre de plata, subiendo después por la escalerilla por la que le había precedido Len.

Y una vez junto a él, notando la palidez del rostro de su amigo, preguntó:

—¿Ocurre algo malo, Len?

—¡Lo peor del mundo, Joe!

—¿Qué es?

Len miró a su compañero, con expresión de desamparo.

Luego, con voz trémula, dijo:

—¡Lo he olvidado todo! ¡Todo! ¿No lo oyes? No recuerdo nada de lo que he aprendido estos días. ¡Hemos fracasado, Joe, amigo! ¡Completamente fracasado!

—Pero… no es posible.

—Sí, amigo mío… es posible. ¡He olvidado todo!

Joe se acercó, poniendo la mano sobre el hombro de su

compañero.

—Escucha, Len. Debes hacer un esfuerzo, debes comprender que todo lo que te ocurre es cosa de la emoción. Yo también lo resiento.

—¡Pero tú no has olvidado nada!

—No lo creas. Cuando entré aquí, francamente, creí que iba a ser incapaz de recordar nada; pero, luego, al mirar al cuadro de mandos del que debo ocuparme, todo volvió a mi mente, y estoy deseando que tú empieces para hacerlo yo… Mira el cuadro, Len, fíjate en los botones, en los relojes, en las cifras… ¡Fíjate bien! ¿Verdad que la memoria vuelve a tu cerebro?

Len parecía hipnotizado.

Sus ojos no se separaban del cuadro de mandos, de lo que iba diciéndole su amigo, que, después de insistir, tocó con fortuna la tecla más sensible de Len.

—¿Has olvidado acaso que el bebé está allí, en la cueva, pendiente de este momento? ¿Y el Soñador? ¿Y los otros? Recuerda la expresión de sus rostros cuando te despediste de ellos, cuando les dijiste que a nuestro regreso, la libertad, la verdadera libertad sería para ellos, para todos los hombres que sufren bajo la tiranía de los «Hurmios».

Aquellas palabras tuvieron el mágico poder de abrir, de par en par, la memoria de Len, que recordaba todo ahora, a medida que se daba cuenta de que todo, absolutamente todo, dependía de sus gestos.

—¡Lo recuerdo, Joe! ¡Lo recuerdo todo!

—¿Ves, Len? ¡Ya sabía yo que la memoria volvería a ti! Ha sido cosa de la emoción.

Len se había sentado ante el cuadro de mandos, acariciando con sus fuertes dedos las teclas que debía oprimir instantes después.

—¡Tienes razón, Joe! ¡Mi hijo nos ha elegido para esta misión y hemos de cumplirla, al pie de la letra, aunque sea la última cosa que hagamos en nuestra vida!

Y después de una pausa preguntó:

—¿Preparado, Joe?

—¡Preparado! ¡Cuando quieras!

—¡Va!

Oprimió el primer botón de la izquierda. Nada sucedió en aquel instante. Momentos más tarde preguntó:

—¿Oyes, Joe?

—Sí.

Era un rumor creciente, como si en las entrañas de la nave se hubiera despertado una bestia dormida; una bestia cuyos rugidos iban aumentando en intensidad.

Movido por la curiosidad, Joe se acercó a uno de los ojos de buey. Y desde allí, desde la altura formidable de la astronave, vio que la gente, casi todos renegados, corrían hacia la casa.

—¡Vienen hacia aquí, Len! ¡Deben haber oído el ruido!

El otro sonrió.

—¡Déjalos, Joe!

El rugido iba en aumento. Hasta que lo dominó todo, haciendo temblar la astronave desde su base a la acerada punta que señalaba al cielo.

Mientras, en el reloj que el bebé había señalado, la aguja se acercaba a la cifra que debía coincidir con la presión en el segundo botón.

Los renegados, armados de flechas y lanzas, avanzaban ahora por las naves de la vieja industria, precipitándose hacia el patio donde se levantaba, orgullosa y flamante, la torre de plata.

—¡Ya están aquí, Len! —advirtió Joe.

Pero el otro no le escuchaba. La aguja estaba llegando ya, y cuando marcó la cifra prevista, Len oprimió el segundo botón, el de color rojo.

Una formidable explosión se produjo en la parte inferior de la nave. Amplias llamaradas surgieron de sus toberas, barriendo todo cuanto la rodeaba, entre ello a los renegados que estaban al lado de la nave, lanzando contra ella sus primeras armas.

—¡Arden como teas! —exclamó Joe entusiasmado.

Pero, en realidad, no ardían, sino que se desintegraban, azotados de lleno por la lluvia de desintegración del uranio que se realizaba en lo hondo de los motores atómicos de la nave.

Luego, súbitamente…

Los dos amigos se vieron aplastados en sus asientos. —Joe se había sentado, para su suerte, instantes antes— y una especie de vorágine les rodeó, sumiéndoles en una casi completa inconsciencia.

Pasaron muchos minutos.

Luego, poco a poco, volvieron a establecer contacto con la

realidad, abriendo los ojos desmesuradamente, como si no comprendiesen nada de lo que les rodeaba.

Len se puso en pie.

—¡Vaya momento, amigo! ¡Creí que se había acabado todo!

—¿Crees que habrán logrado destruir la torre de plata?

—No lo sé, pero deben de haberla dado un buen golpe.

Se acercaron al ojo de buey, contemplando asombrados la negrura del espacio y, allá abajo, la esfera azulada de la Tierra, que iba empequeñeciéndose a gran velocidad.

—¿Dónde estamos?

Len miró a su amigo; luego dijo:

—Si mal no recuerdo, el bebé me habló de esto, de que saldríamos de la Tierra. Eso —y señaló la esfera azul que flotaba fuera— debe ser la Tierra.

—¿Estás loco? La Tierra no puede ser redonda. Si lo fuese caeríamos todos hacia abajo. No, eso no es la Tierra[1].

Len se rascó la cabeza.

—Quizá tengas razón; pero, de todos modos, hemos debido alejarnos de la ciudad.

—Eso sí. Y ahora ¿qué pasará?

—Bebé me dijo que no debíamos temer nada. Los hombres del espacio se encargarán de nosotros.

—Así sea.

Las horas fueron pasado, lentas, interminables. Los dos hombres fueron cumpliendo al pie de la letra las instrucciones que habían recibido, guiándose por el reloj de a bordo, que les servía de control para lo que debían realizar.

—¿Sabes una cosa? —inquirió Joe.

—¿Qué?

—Que tengo hambre y no hemos traído nada de comer.

—¡Es verdad! Bebé no dijo nada.

—La culpa ha sido nuestra. Debimos pensar en ello.

—Si al menos viniesen pronto a por nosotros.

—¿Tú lo crees? He estado asomado ahí y no veo más que estrellas, a lo lejos. ¿Cómo quieres que nos encuentren aquí?

* * *

Franz, ante el cosmorradar, no despegaba los ojos de la pantalla. Morris, a su lado, dejaba sentir su impaciencia, mordisqueándose las uñas sin cesar.

—Me estás poniendo nervioso, Morris.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tranquilizarte.

Hubo una larguísima pausa; después, Morris, que había dejado su «tic»:

—¿Crees que lo habrán logrado?

—No lo sé. Después de todo, según nuestros cálculos y lo que hemos estudiado en los documentos del pasado, esa astronave debía estar en su sitio.

—¡Pero en qué estado!

—No creas. Las pilas debían de estar bien, y el resto no creo que estuviese demasiado mal. Claro —agregó con una triste sonrisa— que ni tú ni yo hubiésemos subido a una antigualla como ésa por todo el oro del mundo.

—¡Eso desde luego! Pero esos pobres han tenido que hacerlo.

—Sí. Y no vayas a creer que no estoy sufriendo por ellos. ¡Si no fuese por esa maldita área!

—Es muy ancha, ¿verdad?

—Medio millón de kilómetros. Si pudiésemos acercarnos más e incluso penetrar en su interior, los encontraríamos antes. Pero debemos esperarlos aquí, a que salgan de ella. Y con esa vieja nave, que debía moverse a la velocidad de un cangrejo, tardarán por lo menos once horas en salir.

—¡Qué barbaridad! Cuando recuerdo que nuestros antepasados utilizaron naves como ésa para salir al espacio.

El otro sonrió.

—Pues fue así, Morris.

—Ya lo sé. Mas, de todos modos, es para ponerle a uno la carne de gallina. ¡Eran valientes!

—Lo eran. Ahora, cinco siglos después, dominamos la energía fotónica y hemos dejado atrás la velocidad de la luz. Evidentemente todo ha cambiado mucho, y hay que recordar con emoción a los que fueron los pioneros del espacio; pero…

—¿Pero qué?

—Que, desde que nos encargaron de esta misión, no puedo dejar

de pensar en los otros.

—¿En los otros? ¿A quién te refieres?

—A los que vamos a buscar, a esos hombres que, no pudiendo escapar hace quinientos años, cayeron en las garras de los invasores.

—¡Los «Hurmios»! ¡Qué no darían nuestros semejantes por saber qué hace ya trescientos años que los nuestros destruyeron definitivamente al Sistema «Hurmia», que, por verdadera casualidad, encontró una de nuestras flotas-patrulla!

—Sí. Destruimos el Sistema «Hurmia». Sin embargo, un puñado de ésos, seres horribles dominan a millones de los nuestros, sometiéndolos a una esclavitud indescriptible.

—¡Canallas!

Morris se había mordido los labios; pero, recordando que era preferible con las uñas, empezó nuevamente a hacerlo.

Hubo un largo silencio.

Suspendida en el aire, fuera de la terrible zona, la poderosa astronave esperaba que su cosmorradar le enviase una imagen de la nave que debía forzosamente, haber abandonado la Tierra.

Hasta que…

Fue Morris, a pesar de haberla visto el segundo, quien lanzó una exclamación de gozo:

—¡¡Ahí están!! ¡Ahí están, Franz!

El otro sonrió.

—Es verdad. Ya los tenemos ahí. Prepara el mecanismo magnético. Yo voy a orientar la nave.

—Bien.

Instantes después, el coloso del espacio maniobró hábilmente. Mientras, Morris lanzaba sus redes magnéticas, deteniendo la marcha de la pequeña astronave terrícola, que, sometida a la presión de los aparatos, fue cazada de una manera impecable. Luego, atraída, terminó penetrando en el enorme «vientre» de la otra, cuyas compuertas se cerraron, casi al mismo tiempo que, utilizando sus motores fotónicos, se lanzaba más veloz que la luz hacia los próximos límites del Sistema Solar.

Una vez puesta en rumbo, Franz se separó del cuadro de mandos, yendo hacia la cámara donde se hallaba su amigo.

—¿Todo bien, Morris?

—Bien.
—¿Entonces?
—Vamos.
No podían impedir una emoción que se había apoderado de ellos y que se relacionaba con su encuentro con los hombres de la vieja Tierra.
Atravesando pasillos complicados, llegaron al espacio donde había penetrado la torre de plata. Allí estaba, y no pudieron retener una sonrisa al ver aquel vejestorio de la astronavegación, que no habían contemplado más que en el museo de su ciudad, en las películas retrospectivas o en algunas revistas de especialistas.
Conociendo su distribución de memoria, no tardaron en abrir la puerta, penetrando francamente en el interior, subiendo por el diminuto conducto en el que estaba aprisionada la escalera metálica.
Y cuando llegaron arriba, dos hombres, fuertes, primitivos, pero indudablemente humanos, les miraron, adoptando una natural postura defensiva.
Franz sonrió.
Ahora iba a ver si sus estudios del inglés arcaico de hacía cinco siglos le servían de algo.
—Somos vuestros amigos —dijo—. Los Hombres del Espacio.
La expresión adusta de los otros disminuyó un tanto.
Y uno de ellos, un verdadero coloso, se acercó un poco.
—Yo soy el padre del bebé —dijo, con un asomo de sonrisa.
—¿Entonces eres Len?
—Sí. Y éste es Joe.
—Bienvenidos.
Se estrecharon la mano y momentos más tarde, guiados por los Hombres del Espacio, los dos esclavos penetraban en la gran nave, siendo llevados hasta el salón enorme, que contemplaron con asombro. Finalmente, se sentaron en los asientos fisiológicos, que se adaptaron a sus cuerpos.
—Estáis en uno de nuestros vehículos —explicó Morris.
—¿Y volvemos a la Tierra?
—No. Ahora vamos directamente al mundo donde vivimos nosotros —sonrió—. Lo llamamos «Geo», en recuerdo de nuestro origen. Quiere decir lo mismo.

—¿Y cuándo vamos a acabar con los «Hurmios»?

—Muy pronto. En Leticia, la capital de nuestro mundo, se está preparando una enorme nave, donde regresaréis a la Tierra.

—¿Nosotros solos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no podremos volver a Tierra hasta dentro, por lo menos, de cincuenta años.

Y después de una pausa, ante la expectación de los otros, dijo:

—Veréis. Cuando nosotros huimos de la Tierra, justo al estallar una horrible guerra atómica, la atmósfera que rodea nuestro planeta estaba limpia. Pero el conflicto puso en ella una radiactividad tremenda, formando una barrera que, durante mucho tiempo, ha sido un obstáculo infranqueable. Y lo seguirá siendo hasta qué la dosis mortal disminuya. Es verdad que hemos realizado verdaderas maravillas, pero no hemos descubierto nada para librarnos de esa maldita radiactividad.

—¿Y cómo nosotros hemos podido atravesar esa barrera? —inquirió Len, después de hacerse explicar detenidamente todas aquellas palabras que no entendía.

—Vosotros vivís dentro de una radiactividad que ha llegado a ser normal para vuestros organismos. Pero si uno de nosotros consiguiese llegar a la Tierra, moriría en pocos instantes.

Joe intervino:

—¿Y no emana de nosotros esa… radiactividad, ahora?

—No. La vuestra es una radiactividad pasiva; pero no así la de la nave que os ha traído y que acabamos de lanzar al espacio. Por eso nos pusimos estos trajes para ir a buscaros en su interior.

Len había fruncido el entrecejo.

—¿Cómo? ¿Habéis tirado la torre de plata?

—No había más remedio, Len. No nos hubieran dejado llevarla a Geo. Tememos demasiado a la radiactividad.

—Entiendo. Pero ha sido una lástima.

Un silencio se estableció entre ellos.

Y Joe poco después dijo:

—Lo que no comprendo es cómo vamos a poder, nosotros solos, cuando regresemos, luchar contra todos los renegados que guardan a los «Hurmios».

—Todo ha sido pensado y calculado. No temáis. Nuestro Presidente quiere conoceros y saludaros, antes de que regreséis.

Fue entonces cuando Len soltó la pregunta que le estaba quemando los labios desde el principio.

—¿Y mi hijo? ¿Y bebé?

—¿Qué quieres decir?

—Fuisteis vosotros los que le convertisteis en un… ser anormal, ¿verdad?

—Es obra del profesor Heiskel.

—¿Será siempre así mi pequeño?

—No lo sabemos. Pero en cuanto lleguemos a Geo podrás hablar con el profesor. Él te sacará de dudas.

Len comprendió que para aquellos jóvenes, el pequeño significaba poca cosa, al lado de la liberación de los Hombres de la Tierra. Pero, para él, en aquel momento, cuando pensaba en Mary, la vida y el futuro del bebé era lo más importante del universo.

Y, por primera vez, desde el principio, lamentó que hubiese sido su hijo el elegido por los poderosos Hombres del Espacio.

CAPÍTULO VIII



urante tres noches y tres días, desde el interior del patio del edificio de los Lumok, no dejaron de oírse los gritos lastimosos de los renegados que, encadenados por otros renegados, sufrían el castigo que el «Hurmio» les había impuesto por dejar escapar a los esclavos.

Y, entre ellos, entre los castigados, estaba Cumming.

Len lo hubiese encontrado muy distinto, atado a un poste, con la espalda cruzada por las sangrientas huellas que el látigo había dejado en ellas, desprendiendo girones de piel.

Sostenido en su asiento por varios esclavos que tuvo que pedir prestados a un amigo, Lumok, colérico como nunca, había presenciado el castigo, aumentando con su presencia la fuerza de los golpes que caían sobre los culpables.

De memoria de «Hurmio» jamás había ocurrido cosa semejante. Y como para colmar la medida del caso, vertiendo el resto, una cosa, cuya utilidad desconocía Lumok, había salido disparada por si

sola al espacio, achicharrando a cuantos renegados quisieron impedirlo.

Cuando los golpes prescritos fueron distribuidos entre los renegados, el «Hurmio» los hizo formar, después de soltarlos de los postes a los que estuvieron atados. Y mirándolos fijamente dijo:

—Espero que esta lección os sirva para algo. Lo que he, perseguido, en realidad, castigándoos, ha sido despertar en vosotros el adormecido sentido del deber. Por vuestra culpa, un grupo de esclavos se han reído de todos nosotros, violando una ley vieja como el mundo. ¡Quiero que seáis vosotros mismos los que resolváis el problema!

Y después de una pausa dijo:

—Os curarán las heridas, enterrarán a los que han muerto; pero, los que han quedado vivos no descansarán hasta traerme, encadenados, los esclavos que escaparon.

Y así fue como, días más tarde, Cumming, cargado de odio como nunca, salió de la ciudad, rumbo al Campamento, armado como los hombres que estaban a su mando, dispuesto a complacer al «Hurmio», pero, al mismo tiempo, y de una manera más importante para él, saciar la sed de venganza que le abrasaba el alma.

Pasó el resto del día con los renegados de guardia ante el campamento, charlando con ellos, informándose de lo qué podía haber entre los fugitivos y los que allí vivían.

Lorenz, el jefe de aquella avanzadilla, le habló claramente:

—Puedes contar con nosotros, Cumming. En efecto, sospechamos que hay gente de por aquí que sale por las noches, para llevar alimentos a los rebeldes. Pero como no habíamos recibido orden alguna de la ciudad, no hemos hecho nada.

—Perfecto —replicó el otro—. Esta noche sabremos quién sale de aquí y hacia dónde va. Iré yo mismo, detrás de los traidores, para determinar el sitio donde se ocultan los otros.

Lorenz pidió:

—¿Por qué no dejas que te acompañe, Cumming?

—Está bien. Vendrás conmigo.

—Gracias.

Al hacerse de noche, los dos hombres salieron contorneando el Campamento y escondiéndose, más allá de los límites, en un altozano, entre las plantas de la zona de los cultivos.

—¿Crees que pasarán por aquí? —inquirió Cumming.

—No hay otro sitio. Pero incluso si utilizasen otro camino, los veríamos perfectamente. La Luna es grande en estos días.

En efecto, el astro de la noche, enorme, redondo y rojizo, dejaba caer sobre la Tierra un reflejo que parecía poner un tono trágico y sangriento sobre las cosas.

Poco después, Lorenz dio un golpe de aviso al otro, que estaba a su lado, en silencio.

—Ya han salido del campamento.

Cumming miró hacia el lugar que señalaba su compañero, viendo cuatro siluetas que avanzaban lentamente por el camino. Éste, después de incurvarse un tanto, pasaba a menos de diez metros del escondrijo que habían elegido los dos hombres.

Y fue al pasar tan cerca cuando Lorenz, señalando a una de las siluetas, dijo con voz queda:

—Fíjate, Cumming, en esa mujer.

—¿Quién es?

—La esposa de Len.

El otro cerró los puños con fuerza, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—¡Ahora sí que no hay duda alguna! —dijo, entre dientes—. Si esa víbora sale hacia el desierto es que va a llevar comida al canalla de su marido. ¡Cómo le odio!

—Lo comprendo.

—Fue él el culpable de todo. Pero te aseguro que cuando lo coja, antes de entregarlo a los «Hurmios», le haré pasar un rato que no olvidará jamás.

—Su mujer podía servirte de cebo.

—Ya he pensado en ello. Pero, por el momento, lo que me interesa es conocer el lugar donde se esconden. Después, cuando lo sepa, me apoderaré de la mujer y se lo haré saber a él, para que pierda la prudencia y caiga más fácilmente en mis manos.

—Vamos. Ya podemos seguirlos sin miedo. Se han alejado bastante.

Dejando atrás la zona de los cultivos, los dos hombres se alejaron, internándose francamente en el desierto. Allí, debido a la luz de la Luna, se vieron obligados a retrasarse un poco para evitar que los que les precedían los descubriesen.

Más tarde vieron que los esclavos se detenían junto a una especie de diminuta colina. Entonces, aprovechando la ocasión, avanzaron oblicuamente, situándose muy cerca de donde los otros se encontraban, justo cuando un hombre, vestido de blanco, salía de lo que parecía ser una gruta.

Mary se había adelantado, y los dos renegados pudieron oír perfectamente lo que hablaba con el otro.

—¿Cómo sigue mi hijo, Soñador?

—Bien. ¿Quieres verlo?

Hubo una duda en el rostro de la mujer; después dijo:

—No. He venido a ver a Len, con estos amigos. Les llevamos algunas provisiones.

El Soñador se dio cuenta entonces de que Mary desconocía la marcha de Len; pero, convencido de que el esclavo lo había querido así, no dijo nada.

—¿De verdad que no quieres ver al pequeño, Mary?

—No. Prefiero esperar. Len me convenció de que, por el momento, era mejor dejar las cosas como están. Después, cuando todo se haya arreglado, vendré a por él.

—Lo comprendo.

—Adiós, Soñador.

—Adiós.

La mujer y sus acompañantes se alejaron.

Cumming se volvió hacia su amigo.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es ese hombre al que llaman Soñador?

—No lo sé.

Cumming frunció el entrecejo.

—Todo esto es muy raro. Aquí se está tramando algo y nosotros no sabemos nada.

Lorenz se estremeció.

Comprendía que, si el otro hablaba de aquello a los «Hurmios», la responsabilidad iba a caer por entero sobre él.

—Te ruego que no digas nada, Cumming. Investigaré esto a fondo, me apoderaré de este hombre y del niño y haré que diga la verdad.

El otro sonrió.

—No pienso decir nada —repuso—. Pero seré yo quien eche la

mano a este hombre y a ese niño que, por lo que hemos oído, es el hijo de Len… ¡Y nosotros que creíamos que había nacido muerto!

—Nos han engañado, pero de nada va a servirles.

—Vamos a seguir a los otros. Ya sabemos dónde está esta cueva y quizá a la vuelta nos ocupemos de ese Soñador.

Dando la vuelta por detrás del altozano, donde estaba la gruta, los dos renegados no tardaron en divisar delante de ellos las siluetas de los esclavos. Así, obrando con toda clase de precauciones, los siguieron, hasta que se reunieron con los rebeldes, que estaban en una colina pedregosa, cuajada de cuevas que la erosión, en otros tiempos, había ahondado en las rocas del desierto.

—Ahora ya conocemos su escondrijo.

—¿Qué piensas hacer, Cumming?

—Obrar por orden. Date cuenta de que esto, lo quieras o no es una fortaleza natural. Si estos canallas no se hubieran apoderado de las armas nuestras, todo sería diferente. Pero para atacarlos y reducirlos necesitaré el permiso de los «Hurmios» que, atraídos por una cacería peligrosa como ésta, me prestarán toda su ayuda, lo que significa que podemos reunir aquí un par de centenares de hombres, armados hasta los dientes, y dar una fiesta, al mismo tiempo, a nuestros amos.

—No está mal la idea.

—Pero antes, para convencer a los «Hurmios» voy a apoderarme de ese viejo y del niño. Regresemos ahora, dejando a estos tranquilos por el momento. ¿Vamos?

—Vamos.

Regresaron por el mismo camino. Quince minutos más tarde llagaron ante la cueva.

Dispusieron los arcos, y, después de inspeccionar la entrada, penetraron, en tromba, dispuestos a sorprender al Soñador.

Y lo lograron.

El hombre estaba sentado en lo hondo de la gruta, con una luz vacilante encendida. En aquellos momentos daba la leche al pequeño, al que tenía en los brazos.

Al ver a los renegados, palideció, comprendiendo que todo iba a venirse abajo.

Con sangre fría preguntó:

—¿Quiénes sois y qué buscáis aquí?

—¿Eres el hombre al que llaman Soñador?

—Sí.

—¿Y quién es ese niño?

—Mi hijo.

—¡Embustero! Hemos oído hace poco a la mujer de Len llamarle su hijo. ¡Levántate! ¡Pronto!

El otro obedeció, y Lorenz se apoderó de la criatura, que arrancó brutalmente de los brazos del hombre.

—¡Vamos! —ordenó Cumming.

Abandonaron la cueva en silencio, dirigiéndose hacia el Campamento que, como antes, contornearon para penetrar, poco después, en las casas que los renegados de guardia tenían ante la zona ocupada por los esclavos.

Después de encerrar al Soñador, colocaron al niño en una habitación junto a la que Cumming ocupó. Al día siguiente, el renegado con sus hombres, llevando al niño y al anciano, se dirigieron a la ciudad.

Cuando presentaron los prisioneros al «Hurmio», Lumok se sintió inmediatamente interesado, y se hizo explicar todo lo que los renegados sabían, que era muy poco.

Luego amenazó:

—Has de hablar, Soñador. Quiero saberlo todo.

El otro guardó silencio.

—Tenemos —insistió Lumok— procedimientos para hacer que hables. Pero si deseas conservar indemne tu piel, te aconsejo que hables.

—Yo no sé nada, poderoso señor.

—¡No lo creo! ¿Qué hacía este niño en tu cueva? ¿Por qué dijisteis que el hijo de Len, el esclavo, había muerto?

—Porque sabíamos que, al verle tan anormal, lo mataríais, señor.

—Eso puede ser en parte verdad. Pero sigo sin creerte.

El Soñador no despegó los labios.

Estaba seguro de que iban a causarle mal. Y era aquello precisamente lo que más miedo le daba, ya que no era como Len y los otros, hombres fuertes y acostumbrados a los castigos personales, sino una criatura débil, que no podría soportar una tortura intensa.

—¡Atadle a uno de los postes!

Lo hicieron, y Cumming personalmente cogió un látigo, deseoso de vengarse, en quien fuera, ya que no podía hacerlo sobre su amo, de los golpes que había recibido.

—¡Empieza! —rugió el «Hurmio».

Restalló el látigo, y el cuerpo débil del Soñador se estremeció de pies a cabeza. El dolor era insufrible, y cuando el látigo cayó de nuevo ahondando la huella que había hecho antes, el hombre creyó morir.

—¡Parad! ¡Clemencia!

—¿Vas a hablar?

—Sí.

—Empieza.

—El niño… es una criatura extraordinaria que nos ha puesto en comunicación con los Hombres del Espacio.

—¿Quiénes son?

—Los que salieron de la Tierra cuando vosotros llegasteis.

—¿Viven aún?

—Sí. Len y Joe han ido a verlos.

—¿Estás loco?

—¡Es verdad, poderoso señor! Utilizaron un vehículo que había en la ciudad.

Lumok se pasó la gordezuela mano por el rostro sudoroso.

—Entonces… se trataba de una astronave.

—Sí.

El «Hurmio» recordaba perfectamente haber oído hablar a sus antepasados de naves que surcaban el espacio y en las que habían llegado ellos a la Tierra. A través del tiempo, aquellas maravillas técnicas habían sido arrinconadas y no había nadie ya que supiese cómo funcionaban.

¡Y los esclavos habían salido al espacio en busca de ayuda!

Lumok se sintió intranquilo.

Y mirando inquisitivamente al Soñador preguntó:

—¿Dices que ese niño os ha puesto en comunicación con los Hombres del Espacio?

—Sí.

—¿Cómo lo ha hecho?

—No lo sé. Él habla como nosotros y debe estar en

comunicación con los otros.

—¿Cómo? —intervino Cumming—. ¿Un niño como éste y que habla como nosotros? —Se dirigió al «Hurmio»—. ¿No te das cuenta, señor, de que este miserable se está burlando de nosotros?

—Ahora lo veremos, Cumming… ¡Que traigan al niño!

Así lo hicieron y Lumok hizo que lo acercasen al Soñador.

—¡Ordénale que hable!

El hombre, siempre atado al poste, con la espalda ensangrentada, miró al niño. Éste, con los ojos abiertos, también lo miraba.

—¡Háblales, bebé!

Había en la mirada del niño algo que hizo estremecer al Soñador. Era como una súplica, como un deseo de silencio, como una imposibilidad.

—¡Habla! ¿No te das cuenta de que mi vida está en peligro?

Silencio.

—¡Por lo que más quieras! Yo te he cuidado, te he obedecido… ¡Sálvame ahora!

El niño, en aquel momento, como hubiese hecho cualquier otro, al que se gritase, empezó a llorar estrepitosamente.

—¡Sacadle de aquí! —ordenó el «Hurmio».

Y cuando quedaron solos, mirando a Cumming, dijo:

—Tenías razón. Este hombre nos ha mentido. ¡Dadle lo que merece!

Con una cruel sonrisa, Cumming dejó el látigo, tensando el arco que se quitó de encima, ya que lo llevaba en bandolera.

—¡No, no me matéis!

Silbó la flecha, penetrando en el pecho del Soñador que, con un estremecimiento agónico, se dejó caer, quedando colgado del poste, con un gesto de indefinible horror en el rostro.

—¡Qué hacemos con el niño, poderoso señor!

—¡Matadlo!

Cumming se acercó al «Hurmio».

—Yo desearía que me lo dieras, señor. Es un cebo imponente para defendernos de Len y cazarle antes de que pueda hacer lo que desea.

—Está bien: puedes quedarte con él. ¡Pero que no vuelva a verlo nunca!

—Gracias, señor.

Cumming, después de obtener que el «Hurmio» le concediese el mando de una fuerte tropa de renegados para acabar con los rebeldes del desierto, abandonó la ciudad con sus hombres.

Uno de ellos llevaba al niño.

El renegado no había creído ni una sola palabra de lo que el Soñador había dicho. Así estaba seguro que con el niño y la esposa, de la que iba a apoderarse inmediatamente, podría hacer que Len doblegase la cerviz y se entregase sin condiciones.

CAPÍTULO IX



eticia, cuando apareció ante los ojos de Len, se asemejaba a una maravilla en la que jamás hubiera podido pensar. Ni imaginarla siquiera.

Al lado de ella, las ciudades de la Tierra, la ciudad que él conocía, no significaba absolutamente nada. Y lo que aquí era riqueza, suntuosidad, magnificencia, eran allá miseria, estrechez, lobreguez, pobreza…

Joe estaba tan admirado y sorprendido como su amigo.

—¿Te das cuenta, Len?

—Sí. Esto me hace sentirme orgulloso de pertenecer a la misma raza que estos hombres. ¡Ahora sí que recuerdo las palabras del Soñador! Decía que nuestra raza era superior, mil veces, a la de los «Hurmios». Y tenía toda la razón. Porque los «Hurmios» no han sido nunca capaces más que de aprovechar lo que los hombres habían hecho.

El vehículo donde iban acompañados por Franz sobrevolaba

suavemente la ciudad, que se dejaba admirar por entero.

Finalmente, aquel aparato volador se posó con suavidad sobre la terraza de uno de los colosales edificios que, hasta aquel momento, habían desfilado bajo él.

—Ya hemos llegado, amigos —dijo el Hombre del Espacio.

Abandonando el vehículo, penetraron en otro, éste incrustado en la pared del edificio, que les llevó, en un abrir y cerrar de ojos, a un inmenso salón donde estaban reunidos media docena de hombres, sentados ante una imponente mesa, donde los recién llegados, al ser invitados, tomaron también asiento.

A la cabecera de la mesa había un hombre de cabellos plateados y rostro noble. A su derecha, otro, delgado, con un corte de rostro angular, unos ojos vivos y relucientes y una frente amplia, enmarcada por unos mechones rebeldes de cabellos de color pajizo.

Habló el primero:

—¡Hombres de la Tierra! ¡Sed bienvenidos! Hace mucho, muchísimo tiempo, que deseábamos ardientemente que este momento llegase. Ya nuestros antepasados nos hicieron heredad de esta preocupación, de este deseo de veros y del deber de hacer algo por vosotros.

»Como sabréis, hace quinientos años, justo en el momento en que la Tierra se veía envuelta en una guerra atroz, que la locura y la ambición desataron, un grupo de hombres y mujeres, en una veintena de astronaves de tipo elemental, abandonaron el planeta.

»Tres de nuestros navíos espaciales fueron destruidos por otros extraños, con los que nuestros antepasados se encontraron al salir de la atmosfera. Se dieron cuenta entonces de que, además de la guerra, otro peligro, aún peor si cabe, amenazaba la vieja Tierra.

»En efecto, las hordas de los “Hurmios”, aprovechándose de la situación caótica que reinaba en nuestro planeta, creyeron que había llegado el momento de invadirlo y así lo hicieron. También intentaron detener la marcha de las naves que abandonaban en aquel momento el planeta; pero, como ya he dicho, no consiguieron más que destruir tres de ellas.

»Nuestros antepasados bogaron tiempo y tiempo, instalándose, primeramente, en Calisto, uno de los satélites de Júpiter. Durante doscientos años trabajaron intensamente, dedicándose a estudiar los problemas de los viajes espaciales, hasta conseguir un novísimo

método de propulsión, con fotones, lo que les permitió llevar a cabo su mayor deseo: abandonar el Sistema Solar y buscar, entre las estrellas, otro que conviniese a su modo de ser.

»Así llegaron a éste.

»Pero, de todos modos, a pesar de que se habían alejado de la madre Tierra, se preocuparon en inculcar a los jóvenes ese amor que ha perdurado hasta nosotros. Y sabiendo lo que había ocurrido en el viejo planeta, se impusieron el deber de ir un día a librar a sus hermanos de la tiranía horrible de los "Hurmios".

»Muchas veces lo intentaron, como también lo hicimos nosotros hace años. Pero, como ellos, tropezamos con algo con lo que jamás habíamos contado. Una franja mortal, formada por la radiactividad que se había liberado durante la terrible guerra atómica que asoló nuestro mundo, lo envolvía, haciendo imposible el paso de nuestras naves.

»Durante años nos dedicamos ansiosamente a estudiar esa zona radiactiva. Así supimos que sólo una pequeña parte había caído sobre la Tierra, permitiendo de ese modo que la vida se salvase: la vida humana y sólo la de algunos animales domésticos. Por su parte, los "Hurmios" también gozaron de esa inmunidad que surgió de la ausencia de grandes cantidades de lluvia radiactiva, que, de ser mayor, hubiese terminado con la vida sobre la Tierra.

Hizo una pausa. Luego continuó:

—La radiactividad exterior, arrastrada por el movimiento de la Tierra, en su giro alrededor de su eje, iba desprendiéndose, merced a la fuerza centrífuga, hacia el espacio. Pero nuestros precisos cálculos nos hicieron saber que eran necesarios cien años para que pudiésemos atravesarla sin peligro para nuestras vidas.

»Ya comprenderéis nuestra desesperación y nuestra impaciencia. Estábamos deseando hacer algo positivo por nuestros hermanos de la Tierra y la maldita capa radiactiva nos lo impedía.

»Fue entonces, hace muy poco, cuando el profesor Heiskel, aquí presente, nos sacó brillantemente del atolladero en el que nos encontrábamos. Él mismo os explicará lo que ocurrió.

Él hombre huesudo sonrió.

Y después de un corto silencio se dirigió a los Hombres de la Tierra:

—Yo estaba estudiando una serie de fenómenos ligados a la

telepatía. Así llegué a demostrar que ese fenómeno no era más que una actividad eléctrica del cerebro; es decir, como si la mente emitiese unas ondas especiales que, a una velocidad fantástica, mucho más aprisa que la misma luz, atraviesa el espacio.

»Pero esto no fue todo.

»Mis trabajos me permitieron descubrir, además, que estas ondas, cuando poseen cierta energía, son capaces de modificar el crecimiento de los seres vivos, parcial o totalmente, como se desee, a distancia, naturalmente.

»Asociando todos estos descubrimientos, llegué a la conclusión, en colaboración con algunos de mis colegas, de que podíamos utilizar lo hallado para ayudar, a través de la capa radiactiva, a nuestros hermanos de la Tierra.

»La única manera de hacerlo era la de comunicarnos con ellos, ya que no había manera de ir allá. El problema residía en que vosotros, tratados como esclavos, no poseíais medio alguno de recibir nuestros mensajes radiofónicos. Naturalmente, en aquel momento, nosotros ignorábamos que los "Hurmios" habían degenerado y que toda su civilización técnica había sido olvidada.

»Utilizando un aparato de mi invención logré dirigir una fuerte lluvia de ondas telepáticas hacia la Tierra, deseando provocar, en una criatura antes de nacer, un proceso evolutivo de gran intensidad, ya que sabíamos que las ondas no podían actuar sobre seres adultos.

»Así logramos desarrollar extraordinariamente el cerebro del hijo de Len y hacer de él una especie de aparato receptor que nos permitiese comunicarnos con vosotros.

Hubo un silencio.

Luego el Presidente de Geo dijo:

—Sabíamos que habían quedado algunas astronaves en la Tierra, sobre todo en el Instituto de Investigaciones Astronáuticas, donde quedó una, preparada, que no pudimos utilizar; es decir, que no utilizaron nuestros antepasados porque no acudieron los que debían en ella.

»Sirviéndonos del cerebro poderoso del bebé, hicimos que vosotros aprendieseis la puesta en marcha de los sencillos mecanismos de la nave.

»Eso es todo, amigos míos.

Los dos hombres de la Tierra habían escuchado, emocionados, todo lo que los otros dijeron.

Luego Len dijo:

—Agradecemos, en nombre de nuestros hermanos, todos los esfuerzos que habéis hecho. Ahora quisiera saber qué resta por hacer.

—Bien. Hemos preparado una astronave que, dirigida desde aquí, se posará, con vosotros, en el desierto cercano a la ciudad de los «Hurmios». También hemos preparado armas potentísimas que llevaréis con vosotros para formar un ejército que acabe con la tiranía de los «Hurmios» y de sus odiosos servidores los renegados.

—¿No podíais haber enviado la nave sin que nosotros hubiéramos tenido que hacer este viaje?

—No, no era posible, Len —repuso el Presidente—. Primero porque los «Hurmios» la hubieran visto llegar y, rodeándola, os hubieran impedido acercaros a ella. Y segundo porque las armas que vamos a entregaros son de complejo funcionamiento y tendréis que aprender a serviros de ellas antes de abandonar nuestro mundo.

—Comprendo.

—Una vez lleguéis a la Tierra, incluso si los renegados os rodeasen, podréis terminar con ellos desde dentro. Y cuando el camino esté completamente libre, saldréis, llamando a vuestros amigos y haciendo de la astronave una fortaleza inexpugnable.

—Bien.

Aquella misma tarde empezaron los entrenamientos para el manejo de las armas.

Había de muchas clases, pero todas ellas se basaban en la energía fotónica, capaz de realizar destrucciones verdaderamente formidables.

Los dos hombres trabajaron durante un larguísimo mes casi sin descansar, impacientes por volver a la Tierra y llevar a los hombres la ansiada hora de la libertad.

Una de las noches, el Presidente se presentó, rogando a Len que le siguiese.

Salieron a una de las hermosas terrazas, a muchos cientos de metros del tráfago nocturno de las avenidas.

—Te he llamado —dijo el hombre de cabellos plateados— para decirte que han ocurrido cosas desagradables en la Tierra.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por el bebé. El niño ha caído en poder de los renegados.

Un escalofrío recorrió la espalda del esclavo.

—¡Mi hijo en manos de Cumming!

—Seguramente. Así se llama el hombre que lo posee ahora.

—Pero…

El Presidente clavó su severa mirada en los ojos de su interlocutor.

—Aún hay más, Len.

—Habla.

—Tu esposa también ha sido capturada.

—¿Y el Soñador?

—Muerto.

—¿Eh?

—Sí. No resistió a la tortura y quiso que el bebé lo salvase, demostrando sus extraordinarios poderes ante los «Hurmios». Pero el bebé no dijo nada y el Soñador murió a manos de Cumming.

—¡No lo creo! ¡Mi hijo no ha podido ver cómo mataban a su amigo y aún menos provocar su muerte!

El Presidente posó una de sus manos sobre el hombro de Len.

—Escucha, amigo. Tu hijo no es culpable de nada.

—¿Por qué?

—Porque, sencillamente, él no juega, personalmente, papel alguno en todo esto. Su cerebro se desarrolló merced al influjo de las ondas del profesor. Pero quien hablaba, quien pensaba era el profesor, no tu hijo.

—¿Entonces?

—Fue el profesor quien dictó al bebé lo que debía hacer. Comprenderás que, a pesar de su degeneración, si los «Hurmios» hubiesen oído hablar al pequeño, hubieran creído las peligrosas palabras que, ante el miedo a la tortura, debió decir el Soñador. Y, si hubiese ocurrido así, nuestra misión hubiera fracasado por completo.

—Tienes razón.

—Ya sé que hay que lamentar la muerte de ese buen hombre; pero, frente a toda una humanidad sometida, la vida del Soñador, habrás de convenir conmigo, es muy poca cosa.

—Es verdad.

Y después de una dolorosa pausa preguntó:

—¿Qué le ha pasado a Mary?

—Está viva, encerrada con el bebé. Ya nos hemos encargado de que el niño la tranquilizase, haciéndola saber que ibas a regresar muy pronto y que todos vuestros sufrimientos terminarían con tu llegada.

Len preguntó:

—¿Y qué ocurrirá con el pequeño?

—¿Qué quieres decir?

Len bajó la mirada.

—Siempre he pensado en lo que sería de mi hijo cuando todo esto acabase. Quiero decir que me gustaría saber si quedará así, anormal, para siempre…

Había conmiseración en la mirada del Presidente.

—No puedo mentirte, Len: sería tan innoble como inhumano. He hablado de esto con el profesor Heiskel, muchas veces…

—¿Y qué?

—No sabemos lo que puede ocurrir. Los estudios de Heiskel no han llegado a precisar nada de esto.

—Lo que quiere decir que es muy probable que el pequeño quede así, ¿verdad?

—Eso es.

—Bien. Me iré haciendo a la idea.

* * *

Se había congregado una cantidad enorme de gente en los alrededores de la Base, en cuyo centro se erguía, imponente y brillante, la astronave, cargada de armas, en la que los dos hombres de la Tierra iban a regresar al viejo planeta.

Acompañados por el Presidente y su séquito, Len y Joe llegaron, en un vehículo volador, a la Base. Una ovación estruendosa les recibió.

Joe estaba emocionado.

—¿Te das cuenta, Len? ¡Nos aplauden a nosotros!

Y el Presidente dijo sonriendo:

—Sí, amigos míos. Leticia está hoy de fiesta y vosotros sois los héroes de esta inolvidable jornada. Por primera vez, los hombres de

Geo saben que va a hacerse algo positivo por los de la Tierra, por sus hermanos de siempre.

»Otras veces, manifestaciones de este tipo se produjeron cuando nuestras flotillas de astronaves salieron, rumbo al Sistema Solar, dispuestas a liberar a los humanos. Pero, cada vez, regresaron, vencidas por la implacable zona de radiactividad, que era como un muro infranqueable a nuestros deseos.

Una vez en el interior de la nave, que iba a ser dirigida desde Geo, ya que los esclavos hubiesen tardado años en comprender su complejísimo mecanismo, el Presidente estrechó la mano de los dos amigos.

—No tardaréis más de un día en llegar a la Tierra que, sin embargo, está, aunque no lo parezca, muy lejos. Os deseo suerte, ya que no puedo dudar de vuestro valor.

Y lleno de emoción sincera se despidió:

—¡Adiós, amigos!

—¿Es que no sería mejor decir hasta la vista? —inquirió Joe.

Una triste sonrisa apareció en los labios del Presidente.

—¿Para qué engañarse? —dijo—. Nosotros no nos volveremos a ver nunca más.

—¿Por qué?

—Porque serán necesarios cien años para que la zona radiactiva que rodea la Tierra sea «permeable» para nosotros. Y dentro de cien años, ninguno de nosotros tres podrá contarlo. —Y después de una corta y emocionada pausa—: Pero eso no importa. Nuestros hijos, los hombres que ya han nacido, irán a la Tierra para crear en ella un mundo mejor. Llevarán todo lo que se ha logrado aquí. Y a pesar de la distancia que separa nuestros dos mundos, Tierra y Geo estarán, a partir de entonces, íntimamente unidas, pendientes la una de la otra, como hermanas de sangre que son.

—¡Lástima no poder verlo!

—No te apures, Joe. Si el hombre tuviese que encontrar satisfacción sólo en lo que ve, pobre sería lo que consiguiese. Lo hermoso de nuestra naturaleza es esta proyección hacia el futuro, esta ansia nuestra de poner los cimientos para épocas que jamás veremos. Porque no somos egoístas, después de todo, y pensamos en los que han de venir.

»De esta forma, los hombres forman una continuidad en el

tiempo y en el espacio que hace que la muerte individual pierda el sentido trágico que muchos pensadores quisieron darle.

Había llegado el momento y después de estrecharles la mano una vez más les deseó:

—¡Que Dios os bendiga, amigos!

Y salió de la nave.

A través de los ojos de buey, los dos amigos vieron la muchedumbre que flameaba miles de pañuelos, como una viva despedida hacia ellos.

—La mayor parte de esos que ahora nos saludan, es decir, casi todos, no conocerán nunca la Tierra. Pero los niños, como ha dicho el Presidente, los pequeños que ahora están cogidos de la mano de sus padres, irán un día al viejo planeta para conocer a los hermanos que quedaron allí y que, por suerte, apenas si recordarán los siglos de esclavitud que padecieron…

Un rumor creciente cortó las palabras de Len.

Obedeciendo a las instrucciones recibidas, se echaron en los sillones, permaneciendo en esta posición para defenderse de la aceleración inicial.

Y, de repente, un silbido horrorosísimo les envolvió.

Cuando se recuperaron, levantándose para ir a los ojos de buey, Geo y su sol magnífico estaban ya muy lejos, confundiéndose el segundo casi con las estrellas que parecían agujerear la negrura del cosmos.

—Ya estamos lejos, Len.

—Sí. Lejos de esos hombres y cerca de nuestros amigos.

—¿Crees que seguirán libres en el desierto?

—No lo sé. Pero, si han sido atacados, no encontraremos más que sus restos. Porque todos ellos, como nosotros, han probado, aunque sea por poco tiempo, el maravilloso fruto de la libertad.

CAPÍTULO X



a imponente caravana del impresionante safari estaba formada por quinientos renegados y se dirigía hacia el desierto.

Y más de mil esclavos, llevando bagajes y tirando de los vehículos de los amos, llevaban a los «Hurmios» a la diversión preferida por aquellas feroces criaturas.

¡La caza!

Una caza humana, llena de imprevistos y más interesante que nunca, ya que las presas estaban armadas y dispuestas a defenderse valientemente.

La ciudad en pleno, en lo que respectaba a los «Hurmios» se había trasladado hacia el desierto, formando una interminable hilera de gentes, la mayor parte esclavos, que seguían mansamente a la legión de renegados que abría la marcha.

Dejando el Campamento a la izquierda, casi vacío, ya que Cumming había matado a la mayoría de sus viejos pobladores —los

jóvenes huyeron, con sus mujeres y sus hijos al desierto—, la caravana atravesó, destrozando bajo pies y ruedas la zona de los cultivos, adentrándose en el desierto, en busca de diversión y emociones.

Poco a poco, durante todo aquel día, los renegados fueron cercando la zona donde se hallaban los esclavos rebeldes, rodeándola por completo y haciendo imposible que ninguno de los que la ocupaban pudiera salir… vivo.

Alrededor de aquel cerco se establecieron las elegantes tiendas de los «Hurmios» y las esposas, sentadas en imponentes sillones, se hacían llevar hasta las cercanías de la vanguardia, contemplando, con emoción histérica, las rocas donde se escondían los esclavos.

Todo anunciaba una cacería fantástica y muy emocionante.

Mientras, en las grutas, los rebeldes, que habían visto la maniobra de los renegados y la presencia de los «Hurmios», comprendieron que el momento final había llegado y que la muerte estaba allí, dispuesta a llevarse celosamente a todos los que habían soñado imprudentemente, con algo tan frágil como la libertad.

Aquella noche, Cumming, acompañado por Lorenz, que se había convertido en su inseparable, se presentaron ante Lumok, jefe de los «Hurmios».

—Señor —dijo el renegado—, si no ves nada en contra, atacaremos mañana, al alba.

—Bien. Pero quiero que el espectáculo valga la peña.

—Así será.

Los dos renegados se alejaron y, cuando estuvieron lejos de la tienda del amo, Lorenz preguntó:

—¿Crees que lograremos vencerlos en seguida?

—No debe ser así, amigo. Ya has oído a Lumok: desea un espectáculo emocionante y largo.

—¿Cómo conseguirlo?

—Ya lo verás. Había pensado en traer aquí a la mujer de Len y a su horrible hijo. Pero ese esclavo es capaz de dejarme en ridículo y no quiero volver a probar la cólera del «Hurmio».

—¿Entonces?

—He ordenado que traigan estopa mezclada con azufre. Lanzaremos una lluvia de flechas encendidas sobre las grutas y haremos que los rebeldes salgan de los agujeros.

—¡Estupendo!

—También he dado orden de que no sean muertos en seguida. Les haremos correr, de un lado para otro, disparando flechas a su alrededor. Y después, poco a poco, cuando los «Hurmios» nos lo ordenen, enardecidos, los iremos asaetando.

—¡Va a valer la pena!

—Eso espero.

—Tienes mucho interés en que resulte, ¿verdad?

—Mucho. Quiero que Lumok vuelva a tener la misma confianza que tenía en mí antes. Si lo consigo, podré volver a gozar de los mismos privilegios.

—¿Es que ya no eres nuestro jefe?

—Lo soy, pero de una manera un poco extraña, Yo me doy cuenta de que mi puesto depende de lo que ocurra aquí.

Lorenz sonrió.

—No te preocupes: la cacería será un éxito sin precedentes.

Y todo lo auguraba así.

Al amanecer, una lluvia de flechas incendiarias cayó sobre los cubiles de los rebeldes que, desesperados, intentaron luchar contra aquel peligro, dándose cuenta en seguida de que era completamente imposible.

Poco a poco, la humareda, más densa cada vez, les obligó a abandonar la seguridad de la zona rocosa, haciéndolos salir en pleno desierto.

Pero estaban armados.

Arrastrándose, empezaron a disparar flechas contra los asaltantes, demostrando que estaban dispuestos a vender caras sus vidas.

Cumming, al darse cuenta de las bajas que se producían en sus filas, ordenó a los renegados que retrocediesen, dejando el terreno libre a los rebeldes, de modo que los «Hurmios» pudieran contemplar el espectáculo sin la molestia del humo.

Los rebeldes seguían disparando, pero lo hacían cada vez con menor frecuencia, eligiendo cuidadosamente el blanco, ya que la cantidad de flechas que tenían se iba agotando rápidamente.

Cumming sonrió.

—Antes de unos minutos, lo más quince, ya no tendrán ni una flecha. Y que no esperen aprovechar las nuestras, porque tendrán

que sacárselas del cuerpo para emplearlas.

La nube de humo había desalojado por completo a los esclavos, que, rodeando a sus mujeres y a sus pequeños, procuraban, a toda costa, mantenerse fuera de la acción de sus enemigos, que por el momento se limitaban a mirarles.

Un «Hurmio» lanzó un grito.

Inmediatamente algunos renegados dispararon sobre los rebeldes, haciendo que unos cuantos cayesen heridos.

Contestaron los esclavos con certera puntería.

Pero sabían que estaban irremisiblemente perdidos.

Y entonces, cuando menos podían esperarlo, un rugido procedente del cielo hizo que todos, tanto los de un bando como los del otro, levantaran la vista, justo para ver una masa brillante que, después de evolucionar graciosamente, terminó posándose a un centenar de metros de los esclavos.

El asombro fue general.

Hasta que, después de unos momentos de sepulcral silencio, una de las puertas de la nave se abrió, apareciendo un hombre que, dirigiéndose a los esclavos, les dijo:

—¡Venid aquí, amigos! ¡Soy Len!

Corrieron los rebeldes hacia la astronave, pero bastantes cayeron bajo las flechas de los enfurecidos renegados, que se habían dado cuenta de la estratagema de Len.

Cumming estaba pálido y temblaba.

—¡Era Len! ¡Entonces aquel viejo tenía razón!

Un renegado se acercó, corriendo:

—¡Tu amo te llama, Cumming!

Y una vez ante Lumok, dijo:

—¿Qué deseas, poderoso señor?

—¡Quiero que destruyas esa torre que vuela! ¡Quiero que saques a los esclavos de su interior! ¡Hazla arder!

—Lo haré.

—El espectáculo tiene que seguir. Ahí dentro —y señaló la astronave—, sin aire para respirar, ya que está completamente cerrada, no resistirán mucho.

—Les haremos salir.

—Bien. ¿Es verdad que Len ha llegado en esa Torre?

—Sí.

—¡Quiero su cabeza!

—La tendrás, poderoso señor.

—¡Ve entonces a cumplir mis órdenes!

Cumming reunió a los renegados, hablándoles con energía. Pero se dio cuenta de que los ánimos no estaban tan enardecidos como hubieran debido estarlo.

Los renegados tenían miedo.

Sus miradas, mientras el jefe les hablaba, no se separaban de la torre brillante que había venido por el cielo y dentro de la que se habían ocultado los esclavos, a las órdenes de aquel terrible Len, que constituía una verdadera pesadilla para todos ellos.

Cumming les amenazó con la cólera de los «Hurmios» y sólo así consiguió que, no sin recelo, se pusieran en marcha contra la astronave.

Las flechas, con estopa ardiente, cayeron sobre la torre.

* * *

Len, después de hacer que las mujeres y los niños se recluyesen en uno de los salones, reunió a los hombres y les explicó rápidamente el manejo de las armas.

Tuvo que repetir muchas veces sus explicaciones, ayudado por Joe, que también se había encargado de instruir a otros esclavos. Pero, finalmente, ambos se convencieron de que aquellos hombres habían aprendido lo que necesitaban saber.

—Ha llegado el momento —gritó Len— de conquistar nuestra libertad. En cuanto abra las puertas de este aparato, salid y disparad, sin piedad, contra renegados y «Hurmios». Ninguno de ellos merece compasión de ningún género: los «Hurmios» porque son criaturas extrañas que nos han impuesto una esclavitud horrible; los renegados, porque siendo como nosotros se han vendido a los que oprimieron a sus padres, a sus hermanos…

Y después de una corta pausa preguntó:

—¿Estáis dispuestos?

—¡Sí! —Fue la unánime respuesta.

Las puertas se abrieron y los esclavos salieron corriendo del interior de la nave.

Convencidos de que las flechas incendiarias habían obligado a

los esclavos a abandonar la nave, los renegados respiraron más libremente, creyendo inocentemente que la balanza se inclinaba a su favor.

Pero cuando las llamaradas surgieron de los cañones de los rifles atómicos y fotónicos de los esclavos; cuando una especie de infierno se desencadenó entre ellos, era ya demasiado tarde para remediarlo.

Hasta los rebeldes palidecieron de horror al ver la efectividad espantosa de aquellas armas que Len les había entregado.

¡Nada podía detenerlos!

Así, después de terminar con cuantos enemigos se habían reunido allí, fueron a la ciudad y acabaron con todos los renegados que habían quedado en ella.

Registrando los edificios, donde empezaron a instalarse, un grupo de rebeldes encontró a Mary y al pequeño, encerrados en un sótano.

Len fue llamado y abrazó a su mujer y a su hijo, profundamente emocionado.

A partir de aquel momento se inició la gesta más formidable de todos los tiempos. Después de haber organizado la ciudad, Len, jefe indiscutible de los esclavos, salió para liberar otras ciudades, de las que había oído hablar.

Un ejército formidable se alejó, dispuesto a no dejar ni un solo «Hurmio» sobre la Tierra, acabando al mismo tiempo con los indeseables renegados.

Y así se liberó la Humanidad de su terrible tragedia.

EPÍLOGO

Han pasado seis años.

A la cabeza de sus huestes y a bordo de una rudimentaria embarcación Len acaba de atravesar el Estrecho de Behring. Atrás, en Asia y esa pequeña península suya que se llama Europa, han quedado ciudades, empezando a organizarse, pobres aún, pero libres de la presencia extraña de los «Hurmios».

Len y sus hombres, renovados muchas veces, han recorrido miles de kilómetros, yendo de un lado para otro, limpiando de enemigos cuantos lugares encontraban llenos de ellos.

Ahora, después de tanto tiempo, Len se encuentra fatigado, cansado, envejecido. Y sólo desea regresar a su ciudad, junto a los suyos.

Ha luchado mucho, pero las peleas han sido sencillas, ya que la superioridad de las armas que los Hombres del Espacio les proporcionaron les ha hecho conseguir victorias estupendas con pocas o ninguna baja.

Len ha aprendido a conocer el planeta en el que nació. Ahora sabe que es muy grande y muy hermoso. Y comprende cómo los Hombres del Espacio, a pesar de vivir en un mundo maravilloso, no han podido olvidar a la vieja Tierra.

Ha visto hombres de muchas razas y lenguajes distintos; pero, a pesar de ello, siempre se comprendió con ellos, ya que cuando dos hombres luchan por la misma causa, la identidad de ideas suple las diferencias de modo de expresión.

Está cansado, pero contento.

Porque cree que los Hombres del Espacio estarán satisfechos de él, de todo lo que ha hecho. Y que en los tiempos futuros, cuando él no sea más que un poco de polvo entre el polvo, hablarán de él y

dirán que fue un hombre que jamás inclinó la cerviz ante sus crueles amos.

¡Len, el Esclavo!

Él ha luchado para que su hijo y los hijos de los demás olvidasen para siempre aquella maldita palabra. Y ahora, pisando de nuevo la tierra de América, atravesándola de parte a parte para llegar a su ciudad, comprueba, en las que va atravesando, que la vida ha vuelto al rostro de los humanos.

Por todas partes es recibido con gritos de entusiasmo y la gente se pelea por volver a verle los que ya le conocían y por conocerle los que le ven ahora por primera vez.

Poco a poco, seguido por sus hombres, Len se acerca al desierto que precede a su ciudad querida.

Y cuando, al amanecer, desde lejos, ve brillar la astronave, que ha quedado como un monumento que celebra el triunfo de los humanos, sus ojos se llenan de lágrimas.

Porque ahora puede llorar sin avergonzarse de ello.

—¡Joe!

—¿Qué, Len?

—¡Mírala! ¿No es hermosa?

—Mucho.

—No puedo evitarlo, pero me recuerda a la otra, a la primitiva torre de plata que nos guió hacia el espacio.

—Sí, también era muy bella.

Empieza de nuevo la marcha hacia la ciudad.

Y cuando sus moradores tienen noticia de la llegada de Len y los suyos, corren a su encuentro, vitoreándolos, agasajándolos de mil formas.

Len es un héroe.

Pero, dentro de su pecho, hay un corazón como el de todos los demás: un corazón que ahora, al penetrar en la ciudad, está latiendo, como el de otros muchos, en espera de ver a los suyos.

Len habla a la gente, les cuenta sus viajes y sus batallas, les habla de la hermosa Tierra y de la paz que ha empezado a reinar por doquier.

Luego, abriéndose paso entre los que le aclaman, corre, como cualquiera de sus hombres, hacia su hogar.

Al llegar allí se detiene, sintiendo el cepo de la emoción sobre el

pecho.

—¡Len!

Mary ha salido a la puerta y abre los brazos, recibiendo entre ellos al hombre al que ama.

—¡Len! ¡Querido! ¡Qué alegría!

—También tenía yo muchas ganas de verte, Mary.

¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras!

¿Por qué no os decís lo que se lee en vuestras pupilas, lo que tiembla en vuestros labios?

Tú, Len… ¿por qué no preguntas por el pequeño?

Len lo haría, pero, como por encanto, resuenan en sus oídos las palabras que el Presidente le dijo, aquella lejana noche, en la terraza de un edificio de Leticia:

«… el profesor no puede afirmar nada…».

Hasta que Mary no puede más.

—¡Ven a ver a nuestro hijo, Len!

Y, cogiéndolo de la mano, lo lleva, lo arrastra, lo precipita hacia el interior de la casa, deteniéndose de golpe en un jardín.

Allí está el niño.

Len lo mira, no dando crédito a sus ojos.

—Pero…

Mary sonríe a su lado.

Después, levantando la voz, lo llama:

—¡Eh, Len, hijo mío! ¡Mira! ¡Papá ha llegado!

El niño deja su juego y corre hacia su madre.

Y allí, cobijado en su regazo, mira al hombre, al ser imponente que hay ante él, con aspecto de luchador… pero que le sonríe.

—¡Es papá! —insiste la madre.

Y, de repente, el niño, cuyo aspecto es completamente normal, se despega de las faldas de Mary, precipitándose en los brazos de Len, que lo abraza, contra su pecho, con todas sus fuerzas.

—¡Hijo!

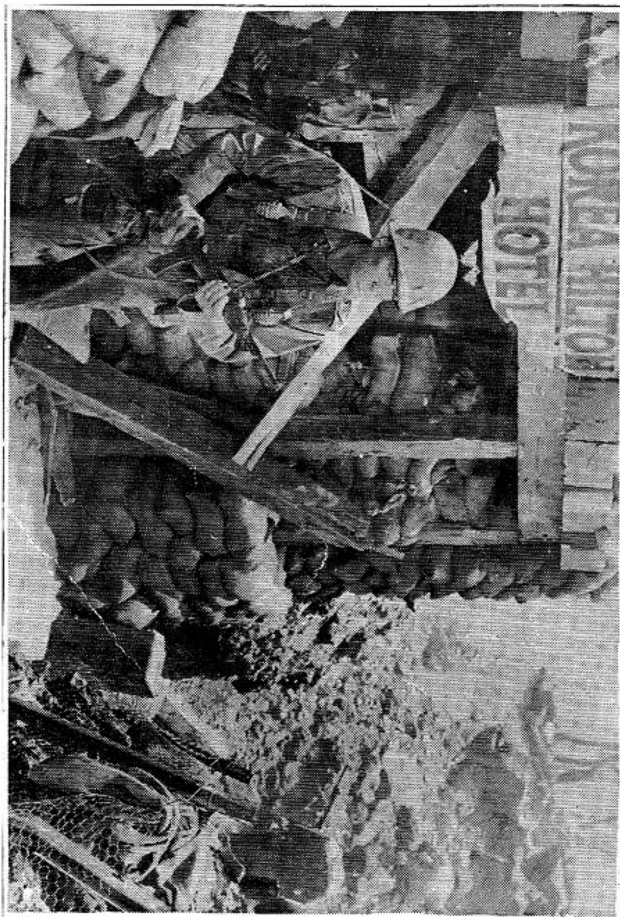
El pequeño se ha sentado sobre las rodillas del padre y, de repente, sus ojillos se clavan en las muñecas del hombre, dónde unas marcas indelebles, las de las argollas, que le unían a las varas del carruaje, muestran un trazado sombrío.

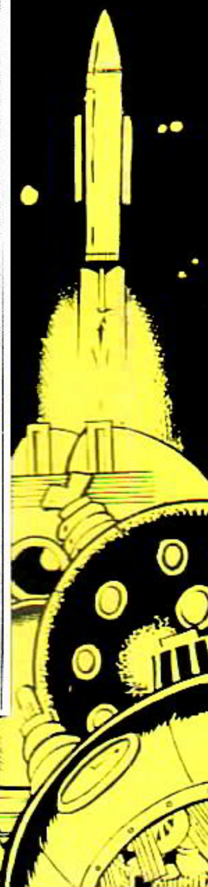
—¿Qué es eso, papá?

Len sonríe.

—Nada, pequeño. Un recuerdo del pasado. Algo que nos servirá, cada vez que lo veamos, para recordarnos que hay una cosa que se llama esclavitud, y otra, muy hermosa, pero que cuesta mucho conseguir, que se llama libertad.

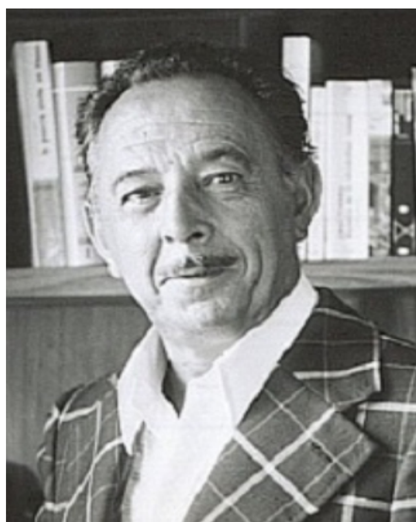






Escena de la película LA CIMA DE LOS HEROES

(United Artiss, CB Films)



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Es natural que para Len y Joe, ignorantes y primitivos, se planteen los mismos problemas, idénticas dudas, respecto a la esfericidad de la Tierra, del mismo modo que ocurrió con los hombres hasta que se demostró lo contrario. (N. del E.). <<